

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

LIBRO 57

¿Cómo es Arístides?

“Por sus frutos los conoceréis”.

Un día se fue con la zozobra de una explicación clara y un acuerdo concluyente y llamó desde Lugo, porque no estaba tranquilo de como podrían colocar en el libro aquella fotografía maravillosa que hizo a un conejo saliendo del majano en Hermosura.

Al día siguiente llamó desde Zamora y al tercero se presentó en Alcázar como se puede ver y con billete de ida y vuelta.

Nadie ha pensado lo que todo eso implica de gastos, preocupaciones y molestias. Es la obra y su calidad lo que no le deja de dormir tranquilo y le mantiene en movilidad continua. Así es Arístides, que trabaja, gasta y dilapida por el gusto de realizar un trabajo de afición propia que perdure en el recuerdo.

Pocas personas podrán entenderle y en Alcázar nadie, pero qué importa, así es Arístides de dulce y de entusiasta para el trabajo de vocación que no es una carga nunca cuando la obra encarna y logra merecerlo.

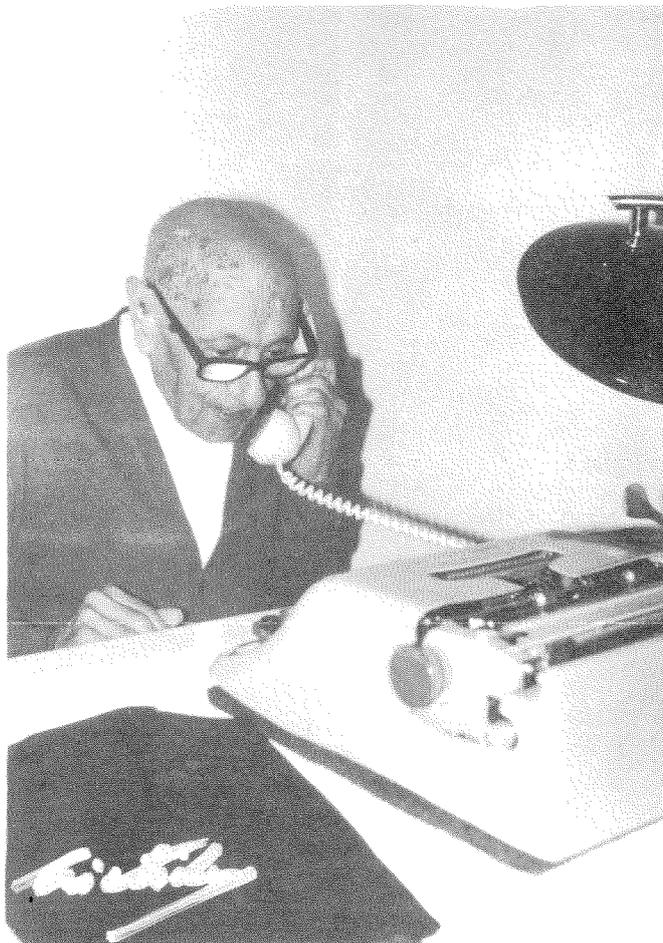


FOTO: ARÍSTIDES

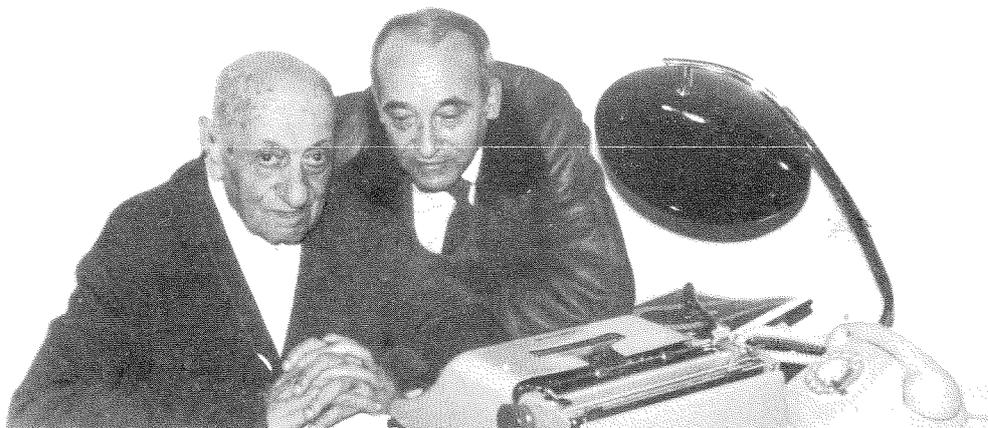




FOTO: ARISTIDES

La del trabajo es la última ilusión
que pierde el hombre y de ello hay
aquí una pequeña prueba.

Aunque no tan pequeña.

Trabajar es algo más que un simple
medio de vida.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Virgen de
Agosto de 1986

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

LIBRO LVII

POPULARISMO ANONIMO

Don Julio García Caballero, inspirado poeta de vocación tardía pero firme, ha tenido la idea repetida muchas veces a lo largo de esta obra, de hablarnos aquí de los libros de Rufao, con el sentido más popular imaginable, que es cuando pierden las producciones la identificación de sus orígenes y se diluyen en el alma de las gentes que hablan de ello haciendo caso omiso de su genealogía o ignorándola completamente, como si hubiera caído del cielo. Y entonces es cuando la obra, libro, cantar, o dicho, adquiere todo su poder ilustrativo o convincente.

Muchas gracias, don Julio, pues es lo que son, aunque por eso se conozca precisamente su escaso valor y que lo mismo podrían ser de cualquier alcazareño; Nicolás Cachile, el Zorruno o el chato Pellás, convecinos de mi infancia que me distinguieron con desproporcionada confianza para que aprendiera a observar la vida, siendo ellos ya padres y hasta abuelos como el chato.

Y ese es el título que tal vez convendría conservar, el verdaderamente alcazareño, el que flota en el aire desde el principio de hacerlos: los libros de Rufao. No necesitan más, ni ellos ni yo, ni les hace falta nada, ni siquiera el título ni el nombre del autor, tienen todo lo que les hace falta: un mote arraigado, expresivo y certero que se conserva intacto, con el cual bastará para identificarlos en todo tiempo con una sola palabra que es el mayor honor y la mejor propiedad, la de su propia sangre.

INDICE

Portada	¿Cómo es Aristides?
Página 1	Popularismo anónimo
Página 2	El Tesoro del abuelo
Página 3	Vida del Casino de Alcázar
Página 8	Punto final
Página 9	Almuerzos con mi padre
Página 13	Libro de Oro
Página 15	El pueblo en que jugué
Página 17	Gentes de mi calle
Página 20	Donde hay yeguas potros nacen
Página 21	Acontecimiento
Página 23	Entrañas de la Plaza
Página 32	Cartas a Don Rafael
Página 40	Reapertura del mercado

El Tesoro del Abuelo

Ahora que estamos solos
quisiera hablarte, Consuelo,
deso que dicen los nietos
del “tesoro del agüelo”
Tú sabes bien, hija mía,
que desde aquel triste día
en que tu madre faltó,
(ojalá hubiá faltao yo)
como contando doce años
tu hermano también murió,
pa tu Manuel y pa tí
la casa y to lo del campo
pa vosotros se quedó.

Como ya voy siendo viejo
pues he pasao los ochenta
(si no llevo mal la cuenta)
y lo que tié que llegar
cualquier día pue pasar,
eso que los nietos dicen
del “tesoro del agüelo”
hoy te lo voy a aclarar.

Aquel pequeño baúl
que en la cámara tenías
en un rincón arrumbao
que llevé a mi habitación
y que le puse un candao,
lo que guardo en el baúl
nunca tú más preguntao,
y dinero no pue ser...
que tú lo ties guardao.

Pero los nietos preguntan
qué tengo en ese baúl
al que le puse un candao,
y que en él tengo un tesoro
siempre les he contestao
y de los dos, el pequeño
que es mu espabilao

y no tié de tonto un pelo
dice que ese es el baúl
del “tesoro del agüelo”.
Y hoy decírtelo quería
pues lo que no ma pasao
pué pasarme cualquier día,
como antes te decía
es preciso que tú sepas
que lo que hay en el baúl
al que le puse un candao,
el tesoro que yo tengo
son los libros de “Rufao”,
y en uno desos librejos
ese que con una cruz
lo tengo bien señalao
con los chicos de la escuela
tu hermano está retratao.

Cuántas noches, hija mía,
como ya duermo mu poco
y me encuentro desvelao
leyendo yo esos librejos
recordando viejos tiempos
más de cuatro lagrimejas
en ellos he derramao.

Por eso, yo a ese baúl
al que le puse un candao
ese que los nietos llaman
“el tesoro del agüelo”
yo lo tengo bautizao
y a ese baúl yo le llamo
“EL TESORO DE RUFAO”

J. G. C.

*A don Rafael Mazuecos, en testimonio
de afecto y admiración a su obra
“Hombres, lugares y cosas de La Mancha”*

VIDA DEL CASINO DE ALCAZAR

La Junta que presidió Amalarico en el Casino, al completar la recopilación de esta obra y encuadernarla para evitar nuevos extravíos, me pidió que se la dedicara al Casino, reconociendo su dificultosa labor, deseo justificado al que correspondí en el acto con una satisfacción inmensa, distribuyendo el trabajo en los cuatro tomos que resultaron y se trae a estas páginas para conocimiento general y divulgación de este episodio memorable que pueden utilizar en sus propios tomos los demás coleccionistas.



LA JUNTA DE AMALARICO

He aquí la Junta que se preocupó de recopilar esta obra después de haberse perdido todos los ejemplares recibidos puntualmente en cada reparto.

Ninguno ha adelgazado por ello pero al bibliotecario si se le nota la falta del lustre de su padre porque a ningún gordo le pegan los pellejos.

Esta Junta fue reelegida por su eficacia administrativa hace dos años y algunos, como el de Franciscón, han sido injertados en la actual con objeto de afianzar los retoños logrados en los cuatro últimos años.

Es una Junta muy alcazareña que se recordará siempre en el casino y en todo el pueblo y servirá de estímulo a otros de su clase, motivo por el cual se fija aquí su estampa, lugar de episodios memorables de la Villa, que deben perdurar en vez de darse al olvido como es corriente en Alcázar con todo lo que le hace bien.

Todos están de buen año como corresponde a su constitución biológica, menos Amalarico que ha resultado mucho más Zarco que Cuco y además con gafas desfigurantes que nadie usó salvo Vicente que se las puso muy a última hora y sin mucha necesidad.

Los fotografiados son de arriba abajo y de izquierda a derecha:

1º José Almendros Pérez, del recorrido de la estación, villacañero y Vocal tercero de la Junta. Lo de José Almendros tiene en Alcázar gran resonancia por la tienda de Pepe Almendros y el apellido Pérez constituye en Villacañas muchos matices de popular distinción, creo que debidos en gran parte al médico don Félix Pérez, que aunque se llamaba Rodelgo de segundo apellido, él prefería usar el Pérez solamente y la gente le seguía el gusto y le decía don Félix a secas o Félix Pérez, pero pocas veces Rodelgo. Y estaba en relación con su poca persona, amablemente frío, pero cumplidor y consciente de su deber. Le pasaba lo que a los Cartagenas que usan un Pérez muy seco y sobresaliente que impresiona a los oyentes aún usando el apodo como apellido, porque el Pérez no lo sacan más que cuando hace falta y lo exhiben como una lanza, como pasaba en Alcázar antiguamente, en el campo de las escribanías, con nuestro Benitillo Pérez, que era de la misma rama.

2º Luis López Clemente, de los Boteros de la Alameda, Contador de la Junta.

3º Lucio Fuentes Camacho, Vocal primero.

Lucio es nombre de las familias "vaqueras" de Alcázar y no sé por dónde se habrá colado aquí, pero por algo será no siendo Lillero ni Fuentes, por lo que se despega. Lo oyes y lo primero que piensas es en la longaniza.

4º Francisco Romero Meco, Bibliotecario, hijo de Franciscón y no hace falta decir más.

5º Pedro Carballo Cano, apellido del tío Medior, único en Alcázar, del que me parece que será nieto. Vocal segundo que trabaja en Colo-

nización como ya colonizaron ellos al crear la “Casa Paquín”, de origen salamanquino. Gran patio de labranza el de la calle de la Trinidad cuando venían de rodeo los sábados que les tocaba.

6º Félix Rubio Córdoba, Secretario de la Junta, nieto de Esteban Córdoba, hijo de la Paz.

Conocí mucho al bondadosísimo Esteban en los zurrillas dominigueros de mi casa. Por aquel tiempo 1910-1911, le hicieron jefe del almacén de la estación y se fue a vivir a la casa que hizo don Joaquín en la calle de la Luna esquina a la Cruz Verde con entrada por el chaflán, mirando oblicuamente a la portada de Narciso Sierra.

Por ese mismo tiempo vino de El Romeral como mozo un tal Escudero, creo que Filiberto de nombre, y fue a vivir a esa misma casa. Enviudó Esteban allí mismo quedándose con la Paz y Pepe y se cambió de casa viniéndose por los alrededores del Chimeneón para el resto de su vida. Escudero creó aquí también una de las clásicas familias ferroviarias de heterogénea movilidad.

7º Amalirico, Presidente del que se hablará en el libro siguiente por falta de espacio y de los dos últimos, Lozano y Vázquez, Vicepresidente y Tesorero que se me escapan por haber generaciones intercaladas que no he conocido.

AMALARICO, REY

Me figuro a mi amigo José María Santiago, uno de los pequeños de José el Cuco, sentado en la banca de su cocina tradicional recibiendo las oleadas de calor de su lumbre mientras revuelve las hojas de un epitome de historia, buscando el nombre único para su hijo que había nacido el día anterior.

Era la época en que los padres se recreaban y entretenían en buscar nombres singulares para sus hijos recién nacidos y éste, un poco sordillo por las otitis del sarampión, solía sonreír y poner ojos alegrillos cuando encontraba un nombre que le parecía desconocido de todos los buscadores y podría singularizar a su hijo, sin pensar que llegaría a ser Presidente del Casino, que es lo más que se podía llegar entonces, cargo que estaba por encima del de Alcalde.

Con igual acierto que su padre, Amalirico ya podría serlo todo en el pueblo, porque era único de verdad y nada más nombrarle se volvía todo el mundo a mirar y se quedaban pensando:

—¡Anda con Dios, hombre!

Después se ha puesto gafas como digo antes, que no sé por dónde le vienen porque de Virginio no, que le obligan a levantar un poco la cabeza.

José María era fuerte y Cuco para no deteriorarse deprisa.

Estos libros le agradecerán el cuidado a su hijo que es único en toda la comarca y aún en todo el país que era lo que quería su padre al amor de la lumbre y que él y su Junta ponen al servicio público al cesar en sus funciones después de una brillante gestión y reemplazados por otra agrupación similar, Jesús Sánchez López, nieto del otro maestro Jesús Sánchez e hijo de Heliodoro, personas todas de la más pura cepa alcazareña que me son carísimas desde la más tierna infancia y que hay que despedirlas con el mayor afecto y recibirlas con esperanzada ilusión.

Para ambas juntas, tan alcazareñas, toda clase de parabienes.

8º Julián Lozano Guitiérrez, Tesorero de la Junta, desciende de un grupo arriero de los más significativos, conocido y estimado de todo el mundo, para cargos como el que tiene, porque sin conocerle digo que será un tío miserias que no soltará un duro aunque se le salgan por el cuello de la camisa. Está en su papel y se irá sólo a las funciones de economía y orden, eso es seguro, porque lo lleva en la sangre como toda la familia; ahorradores natos.

Si se hicieran en Alcázar estudios de Antropología como sería conveniente, llamaría la atención cómo ciertas personas y familias pasarían a ocupar el primer plano en la atención de los estudiosos, por haberlas en la Villa muy representativas y esta constituye un grupo bastante diferenciado, como los Gitanillos y otros, José Lorente y su hermana María, los Caracos, los Moralos, la Baltasara, el tío Laureano, los Repretaos, Caguín, Tin-tín, Santicos y muchos más porque las alteraciones son infinitas, pues los motes no son jamás caprichosos y por el contrario evidencian la gran penetración que tiene la atención pública aún no conociendo nada de lo que designa.

Emilio Paniagua se me lamentó muchas veces de no haber sabido aprovechar el gran caudal de conocimientos vertido por Victoriano el Viejo, en el Cristo durante toda su vida. Victoriano, Victoriano Ortega, era el hijo mayor de Julián el Viejo, por entonces tabernero de la plaza y que figura en la gran fotografía de los corredores con la cuadrilla de los Campos.

Victoriano se casó con la Victoria Beamud, la hermana pequeña de Aquilino, Bonifacio y Gregorio, que eran cinco, y Lozano lo hizo con la hermana mayor de Victoriano, casi al mismo tiempo y en la calle Nueva, más allá de Juan el Mueso, donde por entonces vivía el Viejo. ¡Cuántos episodios graciosos desde entonces!

Los dos Lozanos pusieron ambos tienda que ellos surtían para las mujeres, Julián en la calle del Cuartel y Nieves en la de San Juan, donde

fueron llegando los Rómulos y Evangerios y otros nombres conocidos.

La edad los apartó de la arriería y vinatearon con esmero, pero nunca dejaron las tiendecillas ni las parlaíllas con Finflán y el del Chime-neón, personal de su oficio y aficiones.

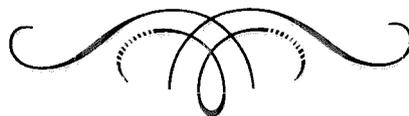
Se intercalan los familiares y alteran la pureza de las líneas hereditarias, pero siempre aparece por algún lado el rasgo identificable, es cuestión de buscarlo, aunque un mote certero lo dice todo en una sola palabra y no deja ninguna duda ni del cuerpo ni del alma.

El mote es a la vez la concepción de una vida, la significación de un ser, la expresión de una conducta y la identidad de una constitución que no deja a la persona por donde escaparse ni esconderse. Y no los pone nadie, son la síntesis de las observaciones de los pueblos, como los cantares populares: ni que digas que sí ni que digas que no, la caldera ha volcado en la puerta Ramón, en la puerta Ramón, en la puerta Ramón, ni que digas que sí ni que digas que no. Y si te enfadas peor.

9.º Y por lo que decimos de los notables y utilísimos motes. Este pulido y notable Vicepresidente de la Junta, José María Vázquez Garrido tiene uno que me lo acerca y otro que me lo separa al mismo tiempo, tanto como la edad, hasta impedirme conocerlo a pesar de haber comido tantas "sopas" y gustarme. Tiene cierto parecido con todo lo de la Cruz Verde y lo de su parte de la calle Ancha y aire de Monjas y de Frailes Trinitarios, pero le falta su humildad, como si le gustara sustituir al Presidente y tuviera que hacer fuerza para aguantarse. En todas las juntas pasa algo de eso, que alguien quiere reemplazar al Presidente y por lo general son los Vicepresidentes que se ven faltos de función y aunque les dicen que a otra vez será no tienen paciencia para esperarlo.

Decía Romanones, después de haber sido Ministro y Presidente tantas veces, que no había conocido ningún Consejo en el que no hubiera algún miembro pensando en sustituir al Presidente.

Como se ve es una Junta brillante, en la plenitud de su vida de la que pueden esperarse grandes cosas que no sea fomentar el vicio y la decadencia, porque el trabajo se crea y la riqueza se hace trabajando, no con la suerte, aunque algunas veces toque.



PUNTO FINAL

Al dejarme estos tomos para que se los dedicara al Casino, la Junta incluyó una nota con los cinco socios más antiguos el día 1-3-1986.

Son estos:

D. Diego García-Baquero Blanco. Socio número 56, ingresó el 1-6-1921, Industrial, domiciliado en Canalejas, 3.

D. Eduardo Raboso Vaquero. Socio número 61, ingresó el 1-5-1925, domiciliado en Plaza Ligeró, 15.

D. Emiliano García-Baquero Blanco. Socio número, 68, ingresó el 1-5-1929, domiciliado en Horno, 21.

D. Serafín Quintanilla Manzanero. Socio número 71, ingresó el 12-5-1929, domiciliado en Hermanos Galera, 22.

D. Eduardo Díaz-Miguel Paniagua. Socio número 72, ingresó el 12-1-1930, Industrial, domiciliado en Castelar, 21.

Cualquiera se acuerda ya de la Alborada que yo conocí y asistí en sus buenos tiempos con don Magdaleno que primeaban mucho por lo de Negrillo y él, puesto en jarras bufaba de no haber visto nunca cosa de la manera y murió.

Como ya consta en esta obra el primer casino se abrió en el número 7 de la Plaza, casa que forma ángulo recto con la de don Alvaro, llamada del Alguacil Mayor, perteneciente al patrimonio del Gran Priorato de San Juan, reuniéndose en ella por primera vez el 20 de febrero de 1850 y se nombró, por aclamación la primera directiva con don Francisco Romero del Valle, Juez de Primera Instancia, como Presidente; Primer Consiliario, don Luis Prudencio Alvarez, Abogado, hermano de don Joaquín; Segundo Consiliario, don José Antonio Guerrero, Propietario; Contador, don Manuel Chocano, Propietario; Tesorero, don Manuel Mantilla, Comandante retirado; Secretario, don Moisés Alvarez, Abogado, hermano de don Joaquín y Secretario segundo, don Manuel Guerrero, Propietario.

Esta casa es en la que se hizo luego el Teatro Principal y donde permaneció el Casino hasta que absorbió las cuatro casas restantes de la manzana que llegaba hasta Santo Domingo y se le compraron a don Joaquín, dejando la estructura como está y acoplando en ella la obra completa del Casino sin asomos de Ayuntamiento sino de casa de don Oliverio como lo está la que habitaba en la glorieta de Santa Quiteria.

Almuerzos con mi padre

Mi padre fue gañán, pero no un mal gañán.

No importa lo que se sea siendo el primero ni interesa la alcurnia para nada siendo una calamidad.

De muy chico repartió pan de un horno que puso su padre en la casa del Conde de la calle del Cristo de Zalameda, en la que, ya en mi tiempo, tuvo la carretería Cosme, -Isidro Montalvo-, y la diaria de Criptana, Correillas, el hermano de Pedro el de la Junquilla. Iba con una cesta grande, llena hasta arriba, en cada brazo, como mandaba Canana sus tortas a la estación recientemente.

De ambas familias fui amigo y de varios de sus hijos mucho, tocándome asistir al mayor de Cosme, Severino, ayudante de la escuela del señor Bernardo y músico de la banda de Gassola, donde tocaba la flauta y el maestro le compró una plateada por sus merecimientos.

Era compañero y amigo de Pepe Belmonte y uno de los casos más espectaculares y prolongados de tisis habidos en Alcázar, del que decía la gente que se había puesto enfermo de tanto soplar en la flauta.

Otro de sus hermanos murió en el Hospital General, operado por don Juan Bravo, con la influencia de don Magdaleno, amigo de todos y Manuel se hizo cartero y se casó en la misma casa con la Magdalena de Antonio Correas, el de la diaria, moza prudente y discreta donde las haya, de figura angelical.

Desde que se hizo gañán, no faltó en las hazas nunca ni dejó de almorzar y comer caliente ningún día ni le faltaron las gachas, las habichuelas o los mojetes para cenar. Como el oficio hace maestros, gracias a esta necesidad de guisar en el campo, se hizo un gran guisandero, con merecida fama entre sus amigos que eran de oficios lugareros y podían delegar los guisos en las mujeres, pero él nunca comió de hambre, de merendera o entrepanado como se estila ahora con los adelantos, ni en su tiempo, nadie, por eso se vendían tantas sartenes de patas en la feria, siendo la época de los atrasos que no hay que confundir con la de los perezosos. Ya en la madurez y precisamente por los amigos, fue consumista, cosa que acabó de relacionarlo ampliamente con la plaza y sus pobladores y como podía surtirse mejor, aumentó su inclinación a la sartén. Y cuando murió, bastantes años después, todavía existían en las cámaras de mi casa testimonios evidentes de los riesgos de aquel servicio que intranquilizaba a mi madre. Y yo creo que le gustaba o

llegó a tomarle afición, porque hay que ver las veces que se dejaba a los amigos haciendo el zurra o jugando al truque y él se sentaba en el fuego aunque fuera en el mes de Agosto, pendiente de la sartén. Y lo pronto y lo bien que preparaba cualquier animal para guisarlo.

Entonces había muy buenos productos de la tierra y las casas estaban mucho mejor abastecidas, sobre todo para los que como él y otros, veían de pintar el día en la plaza y ayudaban a destapar las banastas.

Uno de los almuerzos más frecuentes en este tiempo, al llegar de la plaza, eran los pimientos fritos con huevos del corral que tienen su punto, como todo y no son fáciles de hacer. Cada vez que los he comido después, me he acordado de él bendiciendo su memoria y me he visto a su lado con el jarro del vino elaborado por él orilla y el pan de pizcón.

Qué rico todo. Desde que él murió no he vuelto a comer cosas sabrosas.

El día de su fallecimiento, el 14 de Mayo de 1944, a los 86 años de edad, dijo Jesús Vaquero en la plaza y después me lo dijo a mí:

—Ya se le han acabado a Rafael los buenos aprovisionamientos de su despensa. Y fue verdad.

Se alternaban mucho por entonces los pimientos con las ensaladas de limón y las de tomate con pepino y cebolla, tan fresquitas, sacados de los mismos sótanos que ahora se llenan de agua de puro listos que somos.

Del mismo sabor fenomenal eran en invierno las sardinas frescas, fritas, acabaditas de llegar en los trenes de la madrugada, también con huevos puestos del día en el corral propio.

¡Qué sardinas!, imposibles de olvidar.

Con razón dicen que todo ha cambiado, pero no se sabe cierto si es que ha cambiado o que hemos volcado.

Pues ¿y aquellos mojetes y tortillas de espárragos que ahora los hacen con sarmientos secos? ¿qué me dices Faco?, Faco Rincón, el genial hombre del paseo que sembraba pimentón en el arroyo de Perra y en las pozatas de los árboles?.

Nunca tomé leche porque las cuatro cabras que había en el pueblo, ordeñadas en las puertas de las casas, se reservaban para los enfermos y daba asco.

En Madrid me acostumbré a tomarla y comprobé que la que allí ordeñaban al amanecer en las puertas, eran las burras cuya leche daban a los tísicos. Iban dos o tres borricas con un campanillo monjil colgando del pescuezo y un chocar acompasado de los cascotes contra los adoquines como aviso de su llegada.

La necesidad me obligó a tomar mucha leche después y la misma cuestión me hizo dejarla hace más de cuarenta años y volver a los almuerzos de mi padre con el cual vivo más hermanado que nunca, aunque sin pollos, sin huevos ni ninguna de las cosas tan ricas que él me escogía en la plaza y que eran excelente entretenimiento mientras llegaban los succulentos pollos tomateros de las eras, criados con los hormigueros, para que las hormigas no se llevaran los granos como solían, todo ello riquísimo y de una naturalidad bien manifiesta, sin químicas insecticidas que todo lo envenenan. Después se comían los gañanes los pollos y todo quedaba equilibrado y perfecto, sin riesgo de mal alguno y los granos en la cámara para hacer pan y volver a sembrar y a poner huevos para volver a criar.

Nada de esto excluye los mojetes de asadura y las chuletas fritas con ajos verdes ni algún arroz con poco pescado, porque aquí somos de secano y preferimos las habas tiernas a los higos chumbos y los melones de la tierra, como las zanahorias de Villafranca. Y a cualquier hora viene bien un pisto con tropezones de carne de cordero tierno.

¡Oh! mi padre, cuánto bendigo su memoria, qué capacidad tuvo y qué valor en muchos momentos de su vida. Qué difícil es ser padre y cuánto hace de sufrir.

Al volver a los pepinos y a los tomates de mi padre, hallé que no eran tan malos como proclamaba su amigo don Magdaleno y otros colegas en una especie de confabulación intuitiva contra las hortalizas, manifiesta en aquellas peloterías que armaban con las mujeres cuando se enteraban por las vecinas que le habían dado tomate al enfermo y las increpaban diciendo:

—¿Pero tú sabes lo que has hecho, si eso es un veneno para la criatura, basura, la muerte?

Cuánto hubieran reído, ellas y las vecinas, en estas épocas posteriores, de apogeo del tomate y las vitaminas.

Don Magdaleno, preocupado con exceso de sí mismo, pero sobre todo de su vientre, que el tiempo acreditó no era para tanto, no se permitía más exceso que comerse una merluza escogida por él mismo en el puesto de su primo Patricio Cortés, el día del reconocimiento de quintos, como regalo que se hacía a sí mismo ese día, tal vez dándole una tajada a su hermana y otra al cochero para que se la arreglaran a su modo porque él solo le ponía la hoja de laurel y unas gotas de limón.

Debió casarse con una monja del hospital llamada Filomena o algo así pero no se daba arte, su brusquedad no era conquistadora sino de

rechazo. Hubiera tenido que someterlo ella, como le dió de comer. Su deseo le atraía pero su temor le alejaba y se amparaba en su soledad con la arrogancia del pavo inflado que se apaga en un rincón recogiendo su plumaje sin encontrar empleo a su acometividad.

Una cosa que era de mucho arreglo para el gañán y para su familia y que no se explica como ha llegado a desaparecer, es la crianza doméstica del cerdo y su sacrificio y que le pasaba lo que a los tomates de don Magdaleno, que tampoco eran tan malos como decían los médicos. Se criaban casi solos, agregándole algo a los desperdicios y a la hora de comérselos, con casi todo caían bien sin necesidad de condimentos especiales.

En cualquier casa no hay muchas ganas de cenar una noche y se hacen unos picatostes, pero se les agrega una tajadilla y no hace falta más.

Muchas mujeres, al acabar de comer, arriman un puchero de habichuelas a la lumbre para que se vayan cociendo y que estén cuando venga el hombre traspasado de un día de cierzo infernal, se les echa una pezuña, un buen trozo del riquísimo rabo o una oreja y aquel hombre resucita.

La matanza tenía previstas todas las necesidades de la casa y hay que recordar con verdadera emoción, las sartenes de chorizos conservados por el ama en aceite en espera de este momento para premiar a los hombres que pasaron la madrugada limpiando el grano en la era y una vez dejado en la cámara, refrescan con vino y gaseosa sacados del sótano y se almuerzan los chorizos con huevos fritos y vino refrescado en el cubo de agua del pozo que no altera los alimentos. Qué trabajos, cuánto amor y cuánto desinterés, porque no solía mediar el dinero para nada, se correspondía con otro esfuerzo igual, parva más o parva menos, cómo se entraba la paja, yo te ayudo a tí y tú me ayudas a mí. Era una organización admirable y de gran mérito para la mujer que tenía previstas desde la vendimia las necesidades de la casa para todo el año, sin tener que ir a la plaza o a la tienda que era lo que temían, pero no faltaba de nada, aquella despensa era una mina, melones y uvas colgados, patatas, ajos y cebollas suficientes, tomates en sal, pimientos en vinagre, aceitunas, harina de titos de sobra, el gorrino, gallinas, palomos y conejos en el corral o bien en la cuadra o el pajar. Aquella mujer era la providencia de la familia, alrededor de la cual no sobraría mucho pero no faltaba nada, qué escuela tenían desde la infancia y qué bien valorada por todo el mundo, empezando por el hombre que sin ella no era nadie.

LIBRO DE ORO

El Casino tiene un libro llamado de oro donde firman y dicen algo los visitantes distinguidos, pero yo, que no soy visitante, ni distinguido ni ordinario, no me he olvidado de que fuí chico, cosa que también les pasó a otros que fueron compañeros míos de juego o de escuela. Entre estos últimos y relacionados con el tema de hoy están todos los Sáiz, los Galera y, ¿cómo no?, Agustín Paniagua, primo hermano de todos ellos y que me visitaba con mucha frecuencia en sus últimos tiempos, precisamente por motivos del Casino del que era Secretario perpetuo, el secretario ideal que no será fácil encontrarle sustituto.

En esa época estaba ya Agustín más sordo que Encinas el zapatero, que es cuanto hay que decir y le pasaba como a él que donde te cogiera tomaba la palabra y ya ibas arreglado porque no tenías defensa de ninguna clase y como además te colmaba de atenciones y no le podías replicar tenías que sentarte y dejarlo que se desahogara.

Pues uno de los temas de última hora fue lo del libro de oro que él no se explicaba como podría ser que yo no estuviera en él, que eso no se podía consentir, y que no me molestara, que él me lo traería y que yo lo hiciera como quisiera..., en fin y como no se le podía contestar, una mañana se presenta con el libro diciendo:

-Aquí te lo dejo y una vez de las que venga me lo llevo.

Como la mayoría de las bibliotecas son como cementerios de libros y ésta no negará la pinta, aprovecho los cambios de junta para traer a éstas páginas lo que figura en el libro por si le place a alguien retocarlo. Dice así:

“EL CASINO: Nunca he podido participar en la vida del Casino alcazareño, sin que esto signifique mérito o virtud, más bien privación obligada por el predominio de otras obligaciones y ahora, que me requieren para hablar de ella, no puedo hacerlo con el conocimiento que desearía.

Muy contadas veces pasé por los casinos y tal vez por no haberlo hecho de rutina, conservo un recuerdo tan vivo que me permite la ilusión de crearme concurrente asiduo desde la época que AZORIN sintió retumbar sus pasos en el entarimado del salón del de la plaza, por el que correteé.

Como observador distante he de hablar del Casino, si bien la perspectiva me da la ventaja de ver su vida entramada con la propia del pueblo,

señalando la evolución de sus costumbres impuestas por la necesidad, pues algo se empezó a cerrar en cada casa donde hasta entonces se habían celebrado toda clase de reuniones de amigos y familiares, el día que se abrió la primera puerta de casino. Algo nació y algo murió en ese instante y como es ley de vida, lo naciente fue más pujante y en Alcázar demostrativo de su psicología.

El Casino nació único e indiviso y cuando alguien, dentro de él, se sintió a disgusto o creyó necesitar una actuación exclusivista, se echó aparte, reservándose en la sociedad sus derechos y sus obligaciones, por lo cual el Casino fue siempre lugar de convivencia y confraternización, conservando su unidad que le permitió resistir las acometidas de todas las tendencias, sin que le faltara la ductilidad suficiente para amoldarse a la evolución de la vida.

El Casino empezó siendo de señores, pero con puertas abiertas para entrar y salir los que ascendían o descendían, hasta que se fue extinguiendo el señorío y la avalancha de la estación lo democratizó definitivamente, sin perder sus cualidades de urbanidad, tolerancia y respeto mutuo que como cualidades de la sociedad alcazareña se reflejaron en la del Casino desde su constitución.

Vecindario y Casino se han influido y favorecido recíprocamente, pudiendo decirse que de sus tertulias ha salido siempre el gobierno de la Villa y que hasta con la murmuración se ha favorecido el buen orden, porque el cuidado que inspira, frena el desmán y combate la intención maligna.

He tenido oportunidad de desempolvar los nombres de los fundadores del casino, consignándolos con sus edades, ocupaciones y domicilios en el fascículo tercero de la obra *HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA*, sin pensar que podría ligar mi nombre modesto a los de tan notables varones y nada menos que en un libro de oro, en el que echo de menos, como primera partida, la referida lista y su presentación.

Falta así mismo, una valoración de las personas que lo han presidido, con los detalles que se estimen pertinentes y falta, sobre todo, una breve síntesis de los actos memorables del casino, porque un libro de oro no lo es por lo dorado de sus cantos, aunque los tenga, ni por el brillo de quienes lo realcen con sus firmas, lo es por contener lo relevante de una historia, lo saliente de una vida fecunda, lo espumado de una existencia larga, sentido, reconocido y enaltecido por todos. Rafael Mazuecos, día 25 de Abril de 1968, San Marcos, día muy alcazareño”.

El pueblo en que jugué

Ese pueblo que no se le olvida a nadie después mientras vive, era mucho más pequeño, qué duda cabe, pero estaba en plena evolución a causa del movimiento ferroviario y por eso ha podido tener un cambio tan grande en tan pocos años.

El contorno de la villa era irregular y por aquí arriba se acababa en el Cristo, pero dejando el Cristo en el campo como tenemos reproducido de un dibujante inglés que vino corriendo mundo.

En el Cristo mismo nacía la calle Ancha, última calle de las afueras que se trazó de Cristo a Cristo, del de Villajos a la Cruz Verde.

Posteriormente se hizo la calle Nueva por aquel señor Zenón que fue tan emprendedor y ya empezaron a producirse uniones o enlaces con ese lado de la estación y que quedaron cortados precisamente por la vía y se quedó de campo hasta hace poco, todo lo que hay del Santo para arriba.

Las aguas dieron lugar al Arenal, erosionando fuertemente las tierras de sus alturas y fueron a juntarse en los Sitios con las que venían de la Mina y cercan el pueblo por el Saliente e impidió su expansión por ese lado, permitiendo a la gente de mi tiempo ver de construir todo lo que existe por ese lado, carretera de Criptana y caserío hasta la calle de la Virgen, siguiendo diferente lo que continúa y pertenece a Santa María, quedando ese sector del pueblo entre el Santo y Santa María, pero ¿qué leyes, motivos o razones han podido existir para que la gente se incline a repoblar la parte palustre, insana, fea y sucia y hasta peligrosa de la villa?

Dio la casualidad, porque casualidad es, que viviendo en la calle Ancha me pusieran a la escuela en la calle de la Feria y esa es la causa de haber visto de hacer todo ese barrio desde la Cruz Verde hasta las abuzaeras, incluidos, claro es, los Sitios y el Pradillo enteros, a partir de la tierra arada y cultivada o quemada para sacar el Salitre.

El pueblo, por ese lado quedaba limitado radicalmente por la calle de la Feria, la Plaza y el arco, pues lo que daba un poco más allá eran corrales y portadas de esas mismas casas y pocos ya que el gran espacio del paraje lo ocupaba la Montijana, el arroyo y el matadero nuevo, pues el corralón de la fábrica del Salitre llegaba hasta la carretera y ha llegado hasta hace poco.

La puerta Cervera tenía una terminación tajante en la pared de la bodega de Justo Chocano, el polvorista, en cuyo jaraiz y corral tenía el taller y lindaba con el campo, pues la calle Castellanos, hecha por los del Cadáver, es obra muy posterior.

Esta esquina del tío Justo sirvió siempre de amparo contra el cierzo a los consumistas y como final del pueblo fue muchos años el lugar donde se despedían los duelos. El vivía en la acera de enfrente, pero un poco

más acá, a las dos o tres puertas de Francisco el de la carne y la María de los Angeles de Meco, casi enfrente de donde luego puso la fragua el Chápiro y me figuro que seguirá existiendo la casa del único polvorista de Alcázar, que en sus tiempos estaba muy recuidada por varias mozas muy hacendosas.

En esos intermedios se hizo la calle del Recreo con bastante barro por ser lugar de desagües sobre tierra de labranza y la cantidad de barro que eso supone siempre, aparte de ser lugar de desagües, pero con buen nombre y certero por ser uno de los puntos de mejores vistas de Alcázar, con los cerros, los olivares, la vía, los molinos, la carretera y también por el Sepulcro donde terminaban los Vía-Crucis.

El mismo cementerio también anima el horizonte al coger la doble rampa de subir a la Altomira.

La vía en su incurvación hacia el Sur, dejó un hueco inmenso que se va rellenando poco a poco por los vecinos, pues el parque mismo, lo hicieron los propietarios de los terrenos para revalorizar los de alrededor. Y les salió bien aunque no tanto como hubieran deseado.

Esta idea estimuló a la gente para dar formas nuevas a sus construcciones y una de las primeras, en pleno campo, fue Villa Martín, de Juan Antonio el del chimeneón, especie de cuartelillo que ocuparon varios carabineros con sus familias.

Cirilo Marchante y Antonio Frasco hicieron casas como de la Ciudad Lineal, ya muy arriba, lindando a la transversal donde el Pájaro hizo la suya y Palmer instaló su fábrica de piedra artificial.

El enlace del pueblo con el parque fue objeto de muchas vacilaciones y no resultó bien, mezclado con bodegas a las que no les entraba la uva por ningún sitio y en cambio quitaban vistosidad al paisaje absorbiendo muchísimo terreno, hasta el punto de hacer campos de fútbol en los corrales.

La Mina se rodeó también de bodegas a su salida: los Leones, la Espada, los tres Peces, Primitivo, patas de Perro, etc.

El camino de Criptana, carretera después, la vía y las barras limitaron el campo al llegar al caserío y ahí está a pesar de su proximidad al Paseo y la gente a la Vegüilla.

Han existido algunos núcleos de expansión que pudiéramos llamar internos por estar rodeados previamente de otras construcciones y quizás la más importante fuera la fábrica del salitre; también la bodega del Marqués y los cementerios de San Sebastián y San Juan y alguno que perdura como la Covadonga, aparte de los ejidos y las eras de la calle de la Virgen y del Santo, de atrás de la estación y de la salida de Herencia.

Gentes de mi calle

Aunque nací en la calle de Toledo, la circunstancia del fallecimiento de Rufao, mi abuelo Rafael Mazuecos Agenjo, me desarraigó pronto de allí y me trajo al alcazel de la calle Ancha que no lo era tanto como su nombre indica, aunque por estar lindando con el campo hiciera suponer que era mayor, pero ni era más ancha, pese a su nombre, ni pasaba de la Cruz Verde de larga, de Cristo a Cristo. Lo que si era mucho más cordial y yo, que nunca he sido demasiado comunicativo, he conservado muy buena relación y cariñosa, con todas las personas que hallé a mi llegada en la nueva residencia.

Realmente mi calle es la calle Ancha a la que me trajeron apenas sabiendo andar y con cuatro años de edad, pero fueron tales mi compenetración y relaciones que no solamente he conservado la identificación con aquellas familias a las que recuerdo con todo detalle, sino que puedo describir sus casas y habitaciones tal como fueron primitivamente y servicios que prestaban y que durante muchos años ha sido un verdadero acontecimiento encontrarnos los vecinos antiguos y nos hemos prestado las ayudas que hemos podido con el mayor desinterés y que yo, por haberles sobrevivido, no los olvido y me complace mucho que alguien me los recuerde con sus nombres antiguos y vulgares y sus casas humildísimas pero recuidadas, mil veces mejores que las obras modernistas con que otros vanidosos las sustituyeron aunque sin lujos ni presunciones infundadas, pero los patios antiguos sembrados de manzanilla y con la vivienda al fondo valían cualquier cosa, como el de la Bernardina de Pepecanto, el de la tía Joaquina del suero, la tía Mocosa, Juanaco, el tío Bollero, el Diablo, Chala, cuánta gente inmejorable y sufrida, con vidas llenas de trabajos, la Clotilde del Moreno Parra, la tía Cacha, qué gente tan buena y qué resignación con la pobreza.

Un día me hallé al pie de don Magdaleno escuchando lo que decía en una casa de la Baladróna, la parte más alta de la Cruz Verde y se refería a todo lo que se podría hacer a un enfermo, pero ¿dónde vas y qué vas a pensar, decía con su voz tonante, si es pobre y no se puede disponer de nada? Y los oyentes asentían y se apartaban compungidos. El enfermo sollozaba en su habitación apenas separada por una cortina de percal del portal donde se hablaba.

Entre la gente joven se fue engendrando la inclinación estacionista y en el caserío se enclavaron otros ya incluidos entre las vías. Todo ello ha sido la causa de la transformación profunda de la calle y de que yo viva donde vivo.

Qué impresionante la figura de Juan de Dios el de la taberna

subiendo todas las mañanas, después del aguardiente, la cuesta de la calle de la Victoria, más morado que los lirios ahogándose hasta no poder respirar y tener que pararse, con una barriga y un pecho inconcebiblemente abultados.

Vicente Sopas y las Mudillas, tan finas como su mote, el tío Antonio el Galgo y Juan el Quico, la Escolástica y Antonio el Cartero con la Matilde de Raspilla, el tío Mire y el hermano Pascual Benalague, la Filomena Aranda con sus magdalenas.

Pascual Benalague que era mucho de mi abuela Rufina, como la Tocinilla y no sé si hermano o cerca, porque mi padre se puso de tiros largos para ir al duelo del hermano Pascual, según dijo y recuerdo como estaba aquella mañana de duelo la casa del muerto. Su apellido sería Roperó en ese supuesto, pero lo ignoro y lo que sí me parece recordar es que no tenía hijos.

El tío Marchani, anciano solitario cuya sombra proyectada por la luz del candil nos imponía, como un duende, en las primeras horas de la noche, recorriendo sus habitaciones, observado desde su ventana de la calle. Era gordo, bajo de estatura, con el pelo blanco, colorado él. Su casa era una muy pequeña que había junto a la de Pedro Cagalera, con un portoncillo de color de ceniza, ni tan deleznable como el de la Cacha ni tan fortachón como los de las Laureas, de tablas de trilla. A la derecha de la puerta había una reja con cuatro hierros, dos verticales y dos transversales, de una varilla de escaso diámetro, a pesar de que el yerno era herrero.

Los chicos, cargados de valor, llamábamos en el cristal de la ventana y echábamos a correr por si nos pegaba. Después he conocido a muchos viejos en esas condiciones porque no hay ninguno al que no acompañe la soledad y tenga algunos achaques que limiten su actividad. Y potras buenas a montones. Si se casan malo y si no se casan peor y se mueren rodeados de la mayor indiferencia, sin que nadie sienta su muerte, porque tiene que ser así.

El tío Chala, (Diego Mazuecos) padre de la Rafaela y unas cuantas tranquilonas. Veneno y la Escolástica Escudero. No sé si esta vecina era Escudero ella, pero de la relación con los de la tienda no tengo la menor duda y creo que había una chica como ella, más bien alta, más bien delgada y no muy agraciada. En fin, mucha gente y a cual mejores, que aunque la muerte se interponga, no se pueden olvidar mientras se vive y son ejemplo para todo lo que se precise.

La necesidad de cruzar esta calle para ir a la estación por estar en el camino contiguo la puerta de entrada, hizo que quedara como separada su parte inicial, habiendo en ella sucedidos tan importantes como el nacimiento del General Alcañiz, la boda de la hija del tío Carabina, la

carpintería de Pepico, hermano del General, Aquilino el de la Bufanda Ventura Vaquero y otros vecinos de arraigo, como la Petrucha misma y la Roca.

El tío Matías Tajuelo y las Laureas vivían en dos portones fuertes y enjalbegados a continuación de Juanaco, con un pozo común de dar agua en los portales. Estos portones tan fuertes y tan pesados como difíciles de mover, no tenían ninguna clase de herrajes y se movían como las banderas sujetas del mástil al quicio por lo que se llamaban también puertas quicialeras, apoyadas por un guijo en el suelo y por arriba en un espigón que gira sobre la cama de un orificio practicado en un palo fuerte embutido en la pared. La puerta se cierra y se sujeta con una tranca o palo que se embute en el suelo y en algún travesaño de la puerta que es su mejor cerrojo y el que lo dude que intente abrir.

En la mayoría de estas casas se vivía como si se estuviera de quintería, con la sartén en el suelo para comer, el camastro para dormir y acostándose vestido con la habitación caldeada por la lumbre de hacer la cena. Lo de la sartén se sigue haciendo mucho, sobre todo en comilonas de amigos, a pesar de no haber bodegas, ni cámaras, ni corrales, tan necesarios al agricultor para acomodarse bien y defender sus productos en los momentos oportunos.

La tía Cacha y la Clotilde, vivían en dos casejas pequeñas que había enfrente de Juan el Quico con portoncillos de los que se hacían con cuatro tablas poco cepilladas porque el cepillado suaviza la madera pero le quita resistencia y después se pintan de color de chocolate.

Las dos vecinas estaban viudas y muy enlutadas, cargadas de hijos que picaban en las canteras de los Anchos, las dos delgadas y saludables, con esa piel finísima, suave y suelta, sin ninguna grasa, que se les pone a las viejas saludables y que para los cirujanos es un encanto y una bendición de Dios para las cicatrizaciones.

Su hijo pequeño, Jesús el Cacho -Jesús Atienza- y su hermana Cándida y Luis Parra, son de los chicos con quienes más jugué y de los que más me ha durado la relación, que no hace tanto que terminaron. Qué gentes, madre mía; ni en la calle ni en el pueblo puede haber quien les iguale, eran santos y santificados en sus largas vidas, por cierto que estos amigos de la calle Ancha, fueron a vivir otra vez casi juntos y también las mudillas, a la calle de la Libertad, cuyo nombre primero no sé pero que es a continuación de la calle de las bodegas, en el comienzo de la calle de Salamanca, con las casas de Faruso y de Rochano en las esquinas de entrada. Luis y la Cándida vivían en la acera de la izquierda por el centro de la calle y Cleto, estrábico y bondadoso, en una portada de la derecha. Creo que era hijo de la Catalina la Mudilla y de Joaquín Paniagua, Corredor de la plaza.

Tuvieron la suerte todos estos amigos de unirse en matrimonio con personas de su igual y cambiaron hasta de oficio como le pasó a Luis porque la Heriberta era de mazapán y Lizano el albañil con la Cándida no digamos. Tuve ocasión de verlos a todos rebosantes de satisfacción, en medio de los trabajos y fatigas de la vida.

Había por entonces en mi calle algunos industriales y puertas abiertas al público; dos tabernas, la de la bizca la Taranconera y la de Ramiro el de la Llana, las dos en la acera del saliente.

<i>“Grande consuelo es tener la taberna por vecina.</i>	<i>la invención de la taberna, Porque allí llevo sediento, pido vino de lo nuevo, mídenmelo, dánmelo, bebo, págolo y vóyme contento”.</i>
—————	
<i>Si es o no invención moderna, Vive Dios que no lo se pero venturosa fue,</i>	

Una fragua, la de Antonio Alberca al casarse con la María del Carmen Beamud, si bien se estableció en la acera de las tabernas. Una carretería, la de Salivilla con el que aprendí a tocar la guitarra, por entonces recién casado de segundas con la madre de Simón el barbero y un taller de ebanistería del sordo, padre de pelos de oro. Algunas casas con ramo de vender vino y una tiendecilla muy cuidada, la puerta antes de llegar al hermano Pascual, más cinco hornos de cocer pan, el de la Salud, el de la Filomena, mujer del Feo, el del tío Boyero, el de Juanaco y el de Raspilla y algunos vecinos que tenían la industria fuera de la calle como Pedro Escobar que vendía en el Cristo y Juan de Dios el Cantero que tenía la taberna en la plaza, la Lillera que vendía tocino y la tía Joaquina del suero, requesones y queso que le dieron nombre en toda la villa, la tía Joaquina del suero o la viuda de Bullones que ¿cuántos bullones tendría el amigo Lizcano, como cuando rompen a hervir las gachas, para que se lo pusieran de mote?

DONDE HAY YEGUAS POTROS NACEN

Se recordará que al publicar en el libro 55 la plana mayor de la estación, rodeando a don Mariano Rico, dije que don Manuel Blanco no tenía hijos, por no haberle visto nunca con ellos y doña Pilar Belmonte, que lo tenía de vecino en el piso bajo de su casa, rectificó la noticia diciendo que tenía tres nada menos. Y no se conformó con eso, -¡menuda est!- sino que dió los nombres de los tres chicos y pelos y señales de sus vidas, que no fue necesario utilizar en la rectificación publicada en el libro 56.

Pues bien, ahora, don Juan Ruiz Octavio, el chico de Socorro el Conductor, también muy conocedor del tema, por ser doña Anita visita diaria de su tía Romana Octavio, esposa del tío Medior y estar siempre juntos, está seguro que los hijos de don Manuel eran Lola y Pepe o sea un chico y una chica, sin más hermanos...

Y digamos como la pobre chica de LA GRAN VIA que tenía que servir y se hizo el ama:

—Y punto final...

Pero para que veamos lo difícil que es atar cabos con la memoria.

CONTINUACION DEL INDICE GENERAL

por Emilio Rodríguez Martín

SOBRENOMBRE O MOTE	NOMBRE	FASCICULO/PAGINA
Perrete, El		VI/26 X/6
Perrito		IV/28
Perro, El	Antonio	VI/25-26
Perro, El Tío	Francisco	VI/17-26
Perrón, El		V/18
Peseta	Alfonso Pérez	IV/27
Pesetilla	Venancio Muñoz	IX/10F
Pestes	Juan	X/6
Petardo	Ezequiel Sánchez-Mateos Arias	I/31 IV/4 VI/19 X/24
Petardo	Gregorio Sánchez-Mateos	VI/29F
Petra de Mire Tía		IV/17
Pez, El		VI/26
Picarda		IX/5
Picuca		I/4F X/30
Picuco		VI/19
Pichiriche	Jesús Pliego	X/7F
Pinacho		VI/19
Pilar de Calcillas La		X/6F
Pinacho		VI/19
Pinago		VI/17 VIII/16
Pinchauvas		IX/24
Pinete		V/16 VI/19
Pintafrailles		VII/18 VIII/13 X/30
Pinto		IX/8F
Piñón	Cristóbal Piñón	VI/26-27F
Pío	Venancio Sánchez	X/Contp. 3F
Pío, El	Gabriel Agenjo	IX/5 X/6F
Pirrago		II/23
Pirralda	Marcelo Morales	V/18 IX/3
Pistaño	José Pistaño	IV/29 V/18 VI/19 IX/3 X/4
Pití, El Tío	Antonio Castellanos	V/27 VI/25-26 VIII/35- 36F IX/6
Pití, El	Simón Castellanos	I/Contp. 1 III/9
Pitillos	Domingo González	X/19F
Pitito		V/36
Poca Cola		VII/12
Pocha, La	María	V/16
Polonio		VIII/30
Pollo, El	Juan	VI/29
Porciones		IX/3
Porras		X/30
Porrera, La	Paca	X/6F
Porrero, El		IV/4 VI/19-25 VIII/12
Porrero, El	Camilo	VIII/15
Porrero, El	Eusebio	VI/26
Porrero, El	Melitón	VI/26
Potarrona, La	Joaquina	X/6F
Potra	Angel Sánchez	IX/3
Prao		VI/19
Presiario El		IX/3
Púa	José Flores Ligeró	V/21 X/14F
Pucheritos	Antonio Castellanos	X/3F

SOBRENOMBRE O MOTE	NOMBRE	FASCICULO/PAGINA
Pulguita, El		VI/32
Pulido, El	Eusebio Guillén	V/32F
Puñalito	Juan Sarrión	VI/33
Pura, La Mujer de Recental		X/6F
Quemao, El		VI/31F
Quico	Francisco Botella Frisber	X/28
Quico, El	Juan	VI/18
Quilimaco, Tío	Quilimaco Escribano	IX/8F
Quínica	Francisco Antonio	VIII/15-28
Quínica, La Tía	Vicenta	II/16 III/C ontp. 2F
Quínica, El de	Paco Paniagua	II/17F VI/5F
Quintanareño, El		VI/19 IX/8F
Quinto, El	Cándido Jaranda	V/23
Quiteria, La Pela		IV/28
Ramona de Tocinillo, La	Ramona Octavio Fernández	VIII/30-31F
Rano, El	Juan	IV/19 VI/26
Recalco		VI/19 VIII/12
Recental	Pablo Ramos	III/3 VI/4F VIII/28
		X/6
Regino, El Panadero		IV/5F
Relojera, La	Isabel Asenjo Cantalejo	I/9F V/7 VI/7
Remontona, La	Josefa	X/6F
Rengue	Reyes Romero	VI/38 VIII/33 IX/2
Rengue	Angel Romero	I/Contp. 1 V/24 VI/19
Repicuca		X/30
Repicuño		X/6
Repretao, El	Gervasio	X/4
Repretao, El	Hilario Vaquero	IV/6-14 V/18 VII/32-39 VIII/12
Risitas	Félix Huertas y Abengózar	V/22F
Rivera	Ubeda	VII/34
Roco		VI/37-38 X/6
Rochano	Andrés Sánchez-Mateos Arias	IV/29 X/34
Rochano	Ignacio Sánchez-Mateos Arias	IX/4F
Román el de la Priora		V/39
Romera, La	<i>Fernanda Romero</i>	X/28F
Rompe	José Antonio Galán	VI/19 IX/3 X/6
Roque	José Tejero	IX/23F
Rosa, La Pastelera	Rosa Alarcos	IX/Contp. 3
Rufao	José Mazuecos Roperio	I/Contp. 2F VI/15F18
		VII/32
Rufao	Rafael Mazuecos Agenjo	VII/4-32-34 VIII/12
		X/1
Rufao	Rafael Mazuecos Pérez-Pastor	IV/35F V/14 VI/40F
		VII/32
Rufina, La Rochana	Rufina Sánchez-Mateos	X/24
Rulo, El		V/25
Rulo, El	Pablo	X/28
Rulo, El	Manuel Román Sánchez-Mateos	IV/18F V/20F IX/5
Ruiz, El Herrero	Inocente Ruiz Agenjo	X/24
Rus		VI/37
Sabanas		VI/19 VII/39 IX/19
Sacristán, El	Bernardo Sánchez-Mateos	X/24

SOBRENOMBRE O MOTE	NOMBRE	FASCICULO/PAGINA
Sagastilla	Manuel Tendero	V/32F
Salivilla	Vicente	V/38
Salvavidas	Pedro José Rodríguez Ramírez	VIII/13
Saminón	Jesúsillo	V/2-14 VIII/16-20-21
Sanchón, Tío	Manuel Arias Moreno	X/30F
Sanchona	Olaya Arias Moreno	X/30F
Santa, La		IV/28
Santero		VI/23 IX/5
Santiago, La de Bodeguilla		X/6F
Santiaguillo	Santiago Ortiz	IV/37 VII/19
Santicos	Santos Tajuelo Palomaro	IV/4-3 VI/29 IX/3-15-21
Santo Bastián	Santo San Sebastián	I/13 VII/35
Sastre, El	Francisco González	VII/33
Secretario, El	Francisco Ropero	X/2
Segovia, El Barbero		V/25
Seguidilla		VI/19
Segurita		II/24 V/32
Senen	Santiago Flores	III/15 VI/17 IX/5
Serio, El	Campo	IX/8F
Severiano, El de Cosme		II/13
Sillero, El	Juan Antonio Villacañas	V/20F
Sindo	Gumersindo Sánchez Pérez	VI/4F
Sinforosa, La		X/6
Sira, La	Clementa	VI/10 X/Contp. 3F
Sira, La	Isidra	VI/17 VII/18
Siro, El	Alejandro	III/23 VI/10 VII/17 IX/13-19
Solanilla		X/7F
Solita, La		X/3
Sopas		VI/18
Sorbita, La		IV/29
Sorda, La		VI/14
Sorda del Tío Medior, La	Ramona Octavio Fernández	VII/30-31F
Sordo Bailara, El	Antonio López Pérez de Morales	VII/33 X/23
Sordo Encinas		VIII/29
Sotero, El Tío		II/3F 32F
Tábano, El		VI/19
Tachuela		III/15 V/18 VIII/34
Talán	Polícarpo	VIII/22F IX/3-8F
Tanganilla	Francisco Paniagua	V/11F
Tapillas		VII/38F
Tello	Juan Atienza	VI/27 X/5
Terciana	Guillermo Requena	VI/19-29F X/12F
Tinajillas	Toribio Montealegre	V/24 VI/19
Tinguilangue	Esteban Carpío	VII/13-39 X/Contp.3F
Tintín	Francisco Leal	V/25 VI/4F
Timbulina, La	Josefa Serrano Arias	X/25-30F
Tizonas	Julián Sierra	V/17-25 VI/7
Toca, Tío	Francisco Meco Fernández-Checa	VI/25F
Tocinilla	Isabel Ropero Vaquero	VII/34
Tocinilla, La	Paula Campo	X/4F

SOBRENOMBRE O MOTE	NOMBRE	FASCICULO/PAGINA
Tocinillo	Santiago Octavio Ramos	VIII/31
Tomiza		X/25
Tornero, El	Nicanor Pérez	V/16 IX/3
Tranquillón		IX/5
Tripa	Fernando Huertas	VI/29F
Tuerto Boto, El		IX/3
Tuerto el Huevo, El		VI/26
Tuerto, El Jabonero	Andrés Mazuecos	III/13
Tuerto Jícara		IX/26
Tusa, La		IV/37 X/30
Ulpiana del Rus, La		VI/37
Úlpiano	Úlpiano Flores Sancha	I/28F V/29 VI/7 X/25
Ursula de Beamud, La		VI/18
Uvieda, La	Catalina	X/28
Valenciano el Carpintero, El	Eusebio Sánchez	V/5F
Veguilla	Elías Chamorro	V/17F
Vencejo, El	Peñuela	V/25 X/13
Veneno		VI/18
Vicenta de Quinica, Tía	Vicenta	II/16 III/Contp. 2F
Vicente El Pregonero		V/19
Vicentón El de la Alameda		X/3
Viejo, El	Victoriano	I/30 IX/18 X/4-36
Viejo Padre, El	Julián Ortega	I/7F
Villacañero, El		IX/8F
Villafranca		VI/26
Vinagre		VII/36
Viñas		X/30
Virgen de las Trampas	Imagen de Ntra. Sra. de Los Angeles	III/Port.F
Virgencita		VI/19
Vistabaja	José Monje	IX/3
Viuda de Ambrosio, La	Gregoria Cervantes Carpio	I/32F IX/26 X/25
Vizco Sabanas	Apolonio Ramos	VII/32
Yermo de Mocho	Tomás Alvarez Navarro	II/27-29-30 III/17F 19
Zampatorras	Juan José Barco	I/12 II/13F III/31 VI/7
Zapatero Gordo, El	Antonio Campos Vázquez	I/23F III/17F VIII/29
Zoa, La	Abad	I/Contp. 1
Zoco, El		VI/32
Zorrilla, Tío		IX/3
Zorruno, El	Gregorio Bustamante	IV/29 V/18 IX/3-6
Zosman		III/29F
Zurrante, El		VI/25

INDICE ALFABETICO DE COSAS Y LUGARES

COSAS O LUGARES	FASCICULO/PAGINA
Abuzaeras, Las	IV/14 V/34-39 VII/36
Acebrón, El	VII/37
Aguaizos, Los	IV/18 V/39 VII/36
Albardial, El	IV/15 VII/6 X/40

COSAS O LUGARES	FASCICULO/PAGINA
Alterón de las Mudillas	IX/26
Alterones, Los	VIII/11
Alrillo, El	V/17
Altomira, La	V/33 VII/4-6 X/40
Anchos, Los	IV/4-28 VII/37 VIII/12 X/40
Arco de la Plaza, El	III/8
Arroyo, El	VIII/11
Arroyo:	
Albardial, del	II/27 V/39 VI/40 VII/36
Juana Jiménez, de	IV/15 VII/36
Mina, de la	VI/21
Veguilla, de la	V/24
Asilo de Ancianos	III/13
Ayuntamiento, El	I/2F 3F 4F II/4F
Barbería, La Fama	I/5 VI/20 IX/26
Barranco:	
Borrego, de	VII/36
Carraquero, de	VII/37
Farolero, de	VII/37
Gorrino, del	VII/37
Barrio:	
Altozano, del	I/Contp. 1 III/14 IV/22 V/3-21-34 VIII/2-11
Arenal, del	IV/25 V/17-24 VI/Contp. 2 VIII/2-11-18
Corredera, de la	I/24
Cristo, del	VIII/2
Cruz Verde, de la	VIII/2
Paseo, del	VIII/2
Santa Clara, de	V/3
Santo, del	VII/36 VIII/2
Virgen, de la	VIII/2
Bodega::	
Bilbaínas	X/18
Canos, de los	VIII/15
Fortunato, de	VIII/15
La Covadonga, de	V/29 VI/35
La Espada, de	V/39 VII/13 VIII/15
Marqués, del	I/10 II/15 V/17-29 IX/7
Marqués de Mudela, del	X/18
Palmeros, de los	X/18
Pellejeros, de los	X/18
Prast, de	X/18
Primitivo, de	VIII/15
Rondilla, de la	VI/5
Zulaica, de	II/15F X/18
Bombo de la Gapita	VII/37
Boquete de Santa Quiteria	I/22
Caballerías Conocidas:	
Bandolera. Mula	VIII/13
Capitana. Mula	VIII/13
Carbonera Mula	VIII/13
Castaña. Mula	VIII/13
Colegiala. Mula	VIII/13
Condená. Borrica	VI/17

COSAS O LUGARES	FASCICULO/PAGINA
Caballerías Conocidas:	
Cordobesa, La. Mula	IV/27F
Coronela. Mula	VIII/13
Española, La. Mula	IV/27F
Francesa. Mula	VIII/13
Jardinera. Mula	VIII/13
Leona. Mula	VIII/13
Montesina. Mula	VIII/13
Parda. Mula	VIII/13
Remendao. Macho	VIII/13
Rumbona. Mula	VIII/13
Caballeros de San Juan de Malta	IV/39
Café de la Paja	III/2 VII/17 X/32
Calzada de la Olla	VII/36
Calle:	
Aguas, de las	IX/25
Almagueta, de la	III/3 V/21-23 X/30
Almireces, de los	VIII/11
Altillo Soria, el	V/17-24-25
Altozano, del	III/3
Alvarez Arenas, de, antes Callejón de D. Juanito	III/9
Ancha, ahora General Alcañiz	II/22 IV/1-3-16-25-28 V/18-22-38 VI/18 IX/2 X/3-30
Arenal, del	IV/3
Arjona	III/3 IV/23-25-37 V/24 VIII/28-30 X/29
Arroyo, del	IX/25
Azcárraga	VIII/11
Boquete de Santa Quiteria	VIII/11
Cánovas del Castillo, antes Nueva	VIII/11
Carmen, del	VIII/11
Castelar, antes San Andrés, ahora Generalísimo	I/5F 21-31 II/31 III/3-8-12-14-22F IV/23 V/10
Cautivo, del	VIII/11
Cervantes	I/10 V/18 VI/18
Cid, del	VIII/2
Constitución, de la	III/3
Corredera, de la	III/9 VIII/11 IX/25
Cristo, del	VIII/11
Cristo de Zalameda, del	VIII/32
Cruces, de las	III/12
Crudo, del	V/17
Cruz Verde, de la	II/17 IV/3-16-28-37 V/18-24-33 VI/Port. IX/2
Doctor Creus	V/2
Estación, de la, ahora Primo de Rivera	III/29 VI/37
Estrella, de la	VIII/11
Feria, de la	I/24 III/3-14
Fuente, de la	III/3
Galgo, del	III/3 VIII/2
General Alcañiz, antes Ancha	II/22 IV/1-3-16-25-28 V/18-22-38 VI/18 IX/2 X/3-30
Generalísimo, antes San Andrés y Castelar	I/5F 21-31 II/31 III/3-8-12-14 IV/23 V/10
Gobernación	III/4

COSAS O LUGARES

FASCICULO/PAGINA

Calle:

Horno, del	III/27 VIII/11
Huertas, de las	I/21 II/27 III/18-25
Independencia, de la, antes Tahona	III/3 V/31 VIII/11
Juan de Dios Raboso, de	I/27
Justa	III/3
Luna, de la	IX/6
Machero, ahora Manrique de Lara	V/16-27 VI/Port. IX/2-4 X/6
Madrid	VIII/11
Manrique de Lara, antes Machero	V/16-27 VI/port. IX/2-4 X/6
Marina, de la	III/3-8
Matadero, del	IX/25
Medallas, de las	VIII/11
Mediodía, del	III/3 V/31 VI/18
Moreno	VIII/30 X/24
Morón	VIII/2
Muertos, de los	I/27 VIII/2 X/28-30
Nueva, ahora Cánovas del Castillo	V/17 VI/Port. 29 IX/3
Paloma, de la	IV/6 VIII/2
Pascuala	VII/15 IX/18
Paseo, del	VIII/11
Peñas, de las	VIII/2-11 X/24
Plaza, de la	VIII/11
Polavieja	VIII/11
Policarpo Lizcano, de, antes del Verbo	I/26
Primo de Rivera, antes Estación	VI/37
Príncipe, del	III/Port. VIII/2-11
Ramón Chies, de	VIII/11
Recreo, del	VI/39
Resa	I/21 III/3-7-11-13-14 V/31 VI/5
Rondilla, de la	III/9 VI/5 VIII/11
Rosario, del	VIII/2-11
Salitre, del	III/8 VIII/2-11
San Andrés, de, después Castelar, ahora Generalísimo	I/5F-21-31 II/31 III/3-8-12-14 IV/23 V/10 X/1
San Francisco, de	III/2-3-14 VIII/2 X/30
San José, de	VIII/11
San Juan, de	III/3 VI/23 VIII/2-11
Santa Ana, de	VIII/2
Santa María, de	III/Port. 3-12-13 VIII/11
Santa Quiteria, de	III/3 VIII/11
Santo, del	IV/2 V/24-25-31 VIII/11 IX/25 X/3-4-34
Santo Domingo, de	III/3 IV/9 VII/20 VIII/2 X/30
Tahona, de la, ahora de la Independencia	V/31 VIII/11
Tinte, del	VIII/11 X/31
Tintoreros, de los	VIII/11 X/31
Toledo, de	III/8 IV/1 V/2-24-31 VI/18 VII/31 VIII/11-25
Torrecilla	VIII/2
Torres	III/2 VIII/7
Trinidad, de la	III/3-14 IV/23-25 VII/24F VIII/11-30 IX/25 X/24
Unión, de la	III/3
Verbo, del, ahora de Policarpo Lizcano	I/26 III/3 VI/23
Victoria, de la	IV/3-25 IX/19-26

COSAS O LUGARES	FASCICULO/PAGINA
Calle:	
Virgen, de la	IV/2 V/31 VIII/11
Yeseros, de los	III/15 VI/Port. 37 VIII/11
Callejuela Cerrada	VIII/11
Callejuela de la Tía Negrita	IX/26
Callejón:	
Calle de Toledo, de la	V/24 VIII/11
Cristo Zalameda, del	IX/26
Chala, de	IX/26
Don Juanito, ahora Alvarez Arenas	III/9
Frailes El. de los	VIII/6 IX/26
Guardias, de los	VIII/11
Camino:	
Alcantarilla, de	VII/4
Baños, de los	VI/20 VII/36
Candeleda, de	V/34
Carrasardina, de	VII/37
Cruz de Jesús a Ojete, de la	VII/37
Gamonar, del	IV/15 VI/20 VII/37
Hidalgos, de los	VII/36
Higueruela, de la	VII/37
Lagarteros, de los	VII/37
Madrid, de	IV/15
Media Legua, de la	VII/37
Medio al Copero, del	VII/36
Miguel Esteban, de	VII/5
Moleores, de los	VII/4
Palacio, de	VII/4-36
Piédrola, de	IV/18
Pilas, de las	IV/15 VII/37
Puebla, de la	IV/15 VI/20
Puente Grande, de la	VII/36
Quero, de	IV/15 VII/4-37 VIII/11
Quintanar, de	IV/15 VII/4-37 VIII/11
Raseral, del	VII/4
Salaillo, del	IV/15
Serna, de la	VII/4
Tello, de	IV/15
Uceta, de	VII/36
Valcargao, de	VI/35
Vallejo, de	VII/37
Velaor, del	VII/36
Viejo de Herencia	VI/20 VII/36
Villafranca, de	IV/15 VII/4
Campronerías, las	IV/39
Cantera:	
Abuzaeras, de las	V/39
Aguila, del	VII/36
Anchos, de los	V/18
Arena, de la	VII/36
Frailes, de los	VII/36
Lerín, de	VII/37
Cantón Manchego	III/5

ACONTECIMIENTO

La mañana del 11 de Enero de 1952, sin que nadie lo esperara ni tuviera la menor idea de que pudiera ocurrir, publicó A.B.C. el siguiente artículo de AZORIN que Fermín Alaminos me trajo a leer y por si alguien tiene curiosidad de conocerlo se reproduce ahora aquí.

“ALCAZAR DE SAN JUAN”:

En Alcázar de San Juan hay una importante estación ferroviaria; un camino de hierro que sale de Madrid, bifurca en Alcázar de San Juan; un ramal va a Levante y otro a Andalucía. El tráfico domina en Alcázar de San Juan. Sin embargo. Alcázar de San Juan produce una impresión de sosiego, una impresión sedante; es como un remanso de paz, un remanso al margen del trafagar precipitado. En Alcázar de San Juan vive Rafael Mazuecos. Y Rafael Mazuecos -culto, científico- publica una serie de fascículos titulada “Hombres, lugares y cosas de La Mancha”. En el fascículo XI nos hace ver quince, veinte, treinta calles de Alcázar de San Juan, con sus respectivas fotografías. Comenta con sencillez el autor; conoce a los principales vecinos que han vivido o viven en esas calles. No son las casas de las fastuosas; son sencillas, generalmente de dos pisos, planta baja y un alto, a veces con desván. No abundan los balcones; están trepadas por ventanitas y ventanillos. Nos embarga, al contemplar todas estas calles, una sensación de silencio. Tanto plano blanco nos lleva a la pintura cubista. En Alcázar de San Juan se trabaja; dan materia al trabajo el hierro, la madera, la tierra. Por estas calles blancas no transitan -en las fotografías- multitudes. Una calle es recta, larga; otra se quiebra en un recodo; la que vemos después nos muestra un saliente esquinazo; quisiéramos avanzar por esta otra y no podemos; no tiene salida; el fondo está cerrado por los muros de una Iglesia; aquí es donde los monaguillos, despojados de sus vestes, gritan y triscan un momento. En la puerta de esta otra casa, que es un estanco, está el estanquero, un ciego, un hombre que a los dos años se queda sin vista y que ha gobernado su estanco, sin necesidad de nadie, tantos y tantos años. Da al campo esta larga calle; en ella, en tiempos, cuando Rafael Mazuecos era niño, vivía una anciana que se levantaba con el alba y que vendía aguardiente al copeo, allende de dar una vuelta por las cercanías, empuñando un trabuco. Notable es en estos anales “la verdadera historia de Ricardo Valle, el nieto de Chavicos”. Aquí en este esquinazo, está la escuela que regenta don Cesáreo. Don Magdaleno, el médico, va ahora por la calle de Toledo; cuando se quiere ponderar la diligencia y

prontitud de alguien se dice que “antes de amanecer ya está en la punta de la interminable calle”. Todo estaba en las casas de los enfermos dispuesto de buena mañana para recibirle: “el suelo barrido, las camas hechas y la del enfermo estirada”. Aquí están unos chicos que miran por la rendija de una lona; se ha levantado un circo y esos muchachos atisban a una equilibrista que camina por el alambre. No nos entretengamos; lo que vamos a decir ahora requiere urgencia. Una enorme fachada alba, nítida, nos llama. La puerta de esta casa se halla cerrada; arriba, junto al tejado se ven dos ventanitas minúsculas. Nada más en toda la fachada. Y meditamos: ¿Qué es lo que dentro de la casa corresponde a esas ventanitas? ¿Qué podrá haber en unos vastos ámbitos perpetuamente penumbrosos? ¿Para qué esas vastedades ciegas? ¿Acaso para depositar mieses, frutas? Y esto de mieses viene a cuento de lo que podemos ver en la casa de al lado. Esa casa es la de Eugenio. La casa de Eugenio es limpia, bonita. Estando Eugenio en su casa, no puede estar la puerta cerrada. Eugenio la quiere abierta para comunicar con el mundo, con las gentes. Vive solo, es decir, vivía. “Vivió siempre solo -dice el autor-, repartiendo el tiempo en meditaciones y en cavar el huerto”. El autor continúa: “Recio y fuerte, saludable, muy despejado, dado a la lectura, inalterable, tenía el aire de los filósofos estoicos, con sus pantalones de pana, de mandil, sus alpargatas grandes, la blusa azul y el gorro manchego para cubrir su brillante calva, sobresaliéndole dos mechones de canas. Sentado en un serijo junto al fuego, haciendo sogueo, mientras cocía el puchero, y repasando imaginativamente el mapa del mundo que tenía enfrente, se parecía a Diógenes en su tonel”. Al amanecer Eugenio se asoma a una ventanita para ver qué tiempo hace; pero a él no le importa el tiempo. Que haga el tiempo lo que quiera. En la siega, Eugenio siega; no trilla cuando todos trillan; guarda su mies en la cámara; queda con esto explicado el enigma de las cámaras enunciado anteriormente. Y cuando todos van a vendimiar, Eugenio saca la mies a la era. Todos dicen entonces: “Vamos a vendimiar; no lloverá; Eugenio ha sacado su mies”.

Alcázar de San Juan: remanso de paz y trabajo. Alcázar de San Juan: iniciación. El hecho más estupendo -dice el autor- ocurrido en Alcázar de San Juan ha sido este: cuando apareció el primer camión automóvil, una vecina, pasmada, gritaba: “¡Chicas, venir, venir a ver un vagón que se ha escapado de la estación!” Y era verdad: todos los días se escapan vagones de la estación. Esos vagones son un hecho innegable en la vida moderna. Esos vagones completan los sindicatos y las cooperativas.

AZORIN

ENTRAÑAS DE LA PLAZA

Alcázar ha tenido siempre dos plazas apenas separadas por el Ayuntamiento, esencialmente diferentes, dibujadas por las aguas a las que daban paso por un boquete a cada lado, el del Catre y el del Corneta que, sobre todo éste último, les servía de gollete entre las dos botellas.

El Ayuntamiento perdió toda su gallardía el día que le quitaron la torre, como los gallos al caparlos y el Torreón al achatarlo. ¡Qué infamia! La misma Castelar que los tuvo de fondo y que tanto ha coqueado después, fue desde entonces remedo de mujer, pues le faltaba la



Cualquier conocedor puede apreciar por la oblicuidad del boquete del Corneta, que la fachada principal del Ayuntamiento que se conoce como la del cuarto del Peso, desde que se hizo la de la plaza de la Constitución, estaba alineada con el arroyo, que es tanto como decir que lo estaba con el camino o carretera de Herencia o de la muralla que veía de Palacio y de la cual formaba parte el torreón del Ayuntamiento. Recordemos que el referido boquete tenía forma de embudo cuya boca miraba a la entrada de la Castelar por la parte de la Luisa la Peina y la casa de las Cristas, y el cuello de dicho embudo hacia las últimas tabernas de la Tercia.

Esta embocadura le permitía tomar bastante terreno del camino y parecer mayor de lo que en realidad era, porque en los días de aglomeración costaba trabajo pasar entre los puestos de la puerta del Juzgado y los de la parte del Corneta. La fotografía, dentro de ser del siglo corriente, es bastante antigua, porque aunque están tapados los portales, perdura la torre, no está hecha la tienda Chica, la casa de las Cristas está de su monte, no está hecha la casa de Juanillo Junquillo y la de José Carreño, donde se crió la Marina, está como en sus buenos tiempos. Están las Pasaeras íntegras y los portales de la Gorgusa se ven de perfil de punta a punta, la lotería del Catre y el Pósito también están intactos y se ve Santa Quiteria completa y no existe todavía la garita del sereno.

En las fotografías de nuestro libro primero son visibles los portales de la derecha y de la izquierda de la puerta principal de entonces desde la plaza de la Fuente y en esta que es la fachada última y da a la plaza de la Constitución se aprecian claramente los arcos de medio punto sobre las ventanas del piso bajo a los lados de la puerta. Dichos arcos marcan la techumbre de los portales que se conservaron al tabicar, que están muy completos y que son una prueba del buen gusto del Alcalde Castillo, como lo fue el traerse el balcón del Palacio y el balconcillo y las buenas rejas de ventana que puso en la fachada, a los lados y por encima del cuarto del Peso.

cresta que le hiciera la rueda y la abatiera contra el suelo con su pico feroz clavado en su nuca implume al aplastarle el cuerpo para obligarla a levantar la cola y descubrir sus entrañas vivas. Se entiende que hay dos plazas de mercado, porque aparte de eso, plazas de ventilación, la Villa las tiene a docenas. La plaza misma, sin Ayuntamiento ni ningún detalle de los que le eran característicos, se quedó como descampado, anticipo de los Sitios o desagüe de la Villa.

Entre los días del año que la plaza de Alcázar alcanzaba mayor concurrencia y algarabía, estuvo siempre el del sorteo de los quintos.

Ese balcón cerrado, situado en el esquinazo de la derecha, corresponde al salón de sesiones y es por el que se les echaba la suerte, a veces negra, a nuestros hombres para el servicio de las armas. La gente decía:

-Por ahí les echan el número a los quintos, y se aglomeraba hasta media plaza, esperando los gestos y voz carraspeante de gordo, del pregonero al asomarse.

El balcón central es el que se trajo Castillo del Palacio cuando se estaba cayendo y él hizo la reforma del Ayuntamiento, dándole entrada y servidumbre por la plaza de la Constitución y quitándosela de la Plaza de la Fuente, cosa que después de otros cambios grandes, como el de las azoteas, perduró hasta su derribo.

La gente se apiñaba fuertemente en esa media plaza a la vista del balcón pequeño, haciendo huecos por los que poder escapar corriendo para ser el primero en llevar la noticia a las familias impacientes. Corrían

las familias, hombres y mujeres y corrían también grandes cantidades de zurra y de lágrimas durante años, de cuando en cuando, porque el hijo en campaña nunca da tranquilidad.

Las tabernas del contorno de la plaza producían gran algazara en las mañanas del sorteo y las correrías del día entero, siendo la media acera corta, de la esquina de Leña a la Posada la más concurrida por su estratégica situación para ver de entrar y salir la barriga de Vicente con su ojo trocado que hacía mucho más expresivos sus ademanes y gestos.

Aunque haya algunas otras y tan seguras como la del Catre, estas de la Tercia son las verdaderas tabernas a las que se alude al hablar de las tabernas de la plaza, la zona umbría del paraje, umbría de bodega, la que por las mañanas se hace su propia sombra quitándose ella misma el sol saliente y por las tardes lo hacía con el Ayuntamiento conservando perennemente la sombra de bodega de todos los locales.

El arco y la fuente de cuatro caños en fila sobre las pilas, fueron con el cuarto del peso, los tres adornos principales de la plaza de la Fuente que ahora le parece a uno imposible que pueda haber quien ignore su existencia y cualidades, porque allí amanecían diariamente las calderas de hacer churros que atufaban en la feria y en otras fiestas mayores, sin quitarse en todo el día ni hasta las tantas de la noche, porque Alcázar nunca tiene prisa para recogerse y hace perezosa su actividad, por lo que la plaza de la Fuente fue asiento de muchas holganzas y lo sigue siendo hasta para buscar las fotografías del Arco, aunque se puede dar el caso de que los que las guardan no sepan de lo que se trata.

El sol o la sombra, según las horas, y los asientos altos de esta plaza pequeña, da motivos de concentración favoreciendo los estacionamientos a todas horas y completándolos con los de las esquinas de Leña, de José Pastor y de Natalio.

El arco tuvo siempre, por ambas caras, fuertes y grandes hitos de granito que protegían sus esquinazos y las mujeres que tanto trajinaron a su alrededor, fueron de esas que tanto he hablado y seguiré hablando porque lo merecen por trabajadoras y firmes, como la Patricia, mujer, de Félix el Catre, rebajote como la Morena, su madre, pero pequeño gran hombre. La tía Martina, mujer prolífica, indomable en el trabajo como pocas y la Simona que acabó sus días en el cuartejo solitario y triste que había al pasar el arco en la pared de la Viña E. ¡Pobre Simona!. Ella que entró allí como Reina en la época de esplendor de Bonifacio cuando lo de la alhóndiga y le dejaron una cuadreja cuando merecía un trono.



Grupo de mocejos de la plaza con el que me unieron vínculos amistosos y escolares hasta la muerte de todos ellos y que no dudo en calificar como de los mejores de la Villa. Cómo sería Félix, el hijo del Catre para lograr aquella fama en todo el lugar, sin cambiársele mientras vivió. Se parecía a la Morena, su madre, como se ha dicho porque Domingo, su padre, guardián de la taberna y de la lotería, era una fiera y todo el mundo retrocedía en su presencia: Domingo García Fernández-Checa. El Chico, Félix, era Pedrero de segundo apellido y de las trazas de los Boluas, los Niños y todos esos que hacían el zurra con el gar-

bancero, Pachurro, Pajarillo y otros de alrededor del horno que las mataban callando. Y a lo mejor, Félix, si hubiera vivido no sabemos lo que hubiera dado de sí.

Sentado, con la pelambre fosca y la actitud defensiva está Venancio Muñoz, Pesetilla. Pesetilla era platirrino y no es que fuera velludo, sino que estaba cubierto de cerdas de la cabeza a los pies, con las cuales pinchaba igual que con el genio. Nunca se le cayó un pelo y aunque fue guisandero nadie recuerda que se le diera una queja por esto y él se tiraba de ellos como Juanacha cuando limpiaba las patas que metía los dedos gordos de sus manos en su puño con las pezuñas para estar seguro de que no se le irían, lo cual dió a sus manos un aspecto singular de anchura y grosor incomparables y único en Alcázar, pues aunque el esportillo se lo colgara en el brazo, lo cogía por el borde con todos los dedos de la mano correspondiente extendidos en el borde. Los nudillos de las manos de Juanacha son únicos y un ejemplo de la influencia del trabajo en las deformidades anatómicas que podían servir para diagnosticarlo con solo vérselas sobre el embozo de las sábanas. Venancio, que era puro nervio y que no sé si tendría las seis cuartas dealzada, decía que era muy cerrado de barba. Lecheaba mucho al hablar, más que Estrella, que ya es decir y arrastraba la jota en la pronunciación, dándole

asperidad a su charla, pero era bueno y cumplidor y parteaba a las vacas con resolución. Procedía de Villarta pero era el caso más manifiesto de acondroplasia que había en Alcázar. Se casó dos veces y su hija que era como él, salvo en la pilosidad referida a la cantidad, porque la clase era igual, le decía a la madrastra la mujer de mi padre y es el caso más notable de adaptación al medio que conozco en el extranjero y de sobresalir por sus propios méritos careciendo de todo.

Detrás de él, en el grupo, hay otra alma de Dios, Leoncio Sáiz, gran tornero y diestro en toda clase de trabajos manuales e industrial en las artes de vivir, como toda su familia. El más alto y delgado es uno que venía de Quero.



Félix en la mili.

No se dirá que no sabe revestir la escena y uniformarse adecuadamente, pues aunque vestido de soldado y sin ningún adorno, parece el jefe de una agrupación de guardia.

Véase a Félix en la mili, qué bien puesto está, y qué correcto de formas para un churrero. Su bondad le hacían salir las más perfectas. Sin embargo, la disciplina era tan rigurosa que a Félix lo castigaron y pagó la multa de veinticinco pesetas por no haber pasado la revista del reemplazo de 1915, que eran muchas pesetas, pero aquello pasó y luego lo casó don Miguel Alderete en Enero de 1921, también con dispensa. D. Miguel Alderete Heredia, que gitano había de ser el apellido que llevara tan flamenco y convincente padre de almas.

Félix fue un caso notable de afición desmedida al teatro y afán tan extraordinario, favorecido por aptitudes innatas que no sólo sobresalió en el grupo Alvarez Quintero del que formó parte, sino que se hizo famoso en toda la provincia y cuando falleció, en plena juventud, el 21 de Diciembre de 1920, la prensa provincial le dedicó sendas notas necrológicas y las aficiones líricas alcazareñas, con don Enrique Gallego al frente, lo estuvieron lamentando largo tiempo, no sólo por sus condiciones escénicas sino por su bondad personal y alegría de carácter, una especie de Castrieto el que trabajaba con la Loreto Prado.

La comunicación de la plaza de la Fuente con la de Santa Quiteria es tan amplia que parece no existir, pero antiguamente era muy clara entre el callejón de don Juanito y la portada de la Millana, contribuyendo a ello que el callejón era la mitad de ancho o menos, que las portaíllas del rincón de la Fuente y otras salían a él y servía de evacuatorio a todos los transeuntes nocturnos y a no pocos diurnos porque tal era el grado de abandono del paraje, que existían los portales voladizos y que la línea de las casas del poniente estaba más próxima a la del saliente. Entonces, aunque los boquetes de los lados de la Iglesia imponían la separación, era más evidente el estrechamiento o cuello a nivel del callejón y quedaban tres espacios o plazas, de la Constitución, de la Fuente y de Santa Quiteria, mejor o peor limitados, pero Alcázar tiende siempre a ensanchar y hasta ahora lo va consiguiendo y milagro será que no tire el Casino y haga un Ayuntamiento en las escuelas para ir al Cementerio por lo ancho y no tener que andar dando vueltas, como si corriera prisa enterrarse. Quitando la Tercia y toda su manzana de los Alvarez y Aguileras, al llegar a la plaza ya se estaba en la puerta Cervera. ¡Qué gusto!

Las calles en que se forman los boquetes de Santa Quiteria interrumpen sus aceras proximales en la Iglesia y las aceras distales cambían irregularmente su dirección, sobre todo la de la Niña que de seguir recta daría con la casa de Juanillo Junquillo y cortarían la calle, detalle suficiente para darse idea de la sensación de estrechamiento que se notaba a la altura del callejón, el cual por un lado y el Ayuntamiento por otro, dividían el espacio en los tres compartimientos o plazas conservando únicamente las aceras externas de todo el ámbito que al aproximarse forman una nueva calle o glorieta irregular e infundiliforme, que es como si se quita una acera y sus casas del paseo y te encuentras de repente con que las casas del Rus y las de Gabriel Mata forman calle con las Bodegas Bilbaínas y el Chimeneón.

Se Habla mucho de los portales de la plaza y yo mismo lo hago con frecuencia, tal vez engendrando cierto confusionismo en los que ven otras plazas mejor trajeadas. En realidad no eran portales sino galerías voladas sostenidas en bovedillas y cubiertas con tabiques de adobes en la parte alta.

Las más firmes eran las del Ayuntamiento, una a cada lado en toda su longitud, muy firmes y que fueron tabicadas para convertir su espacio en oficinas y en la Alcaldía misma al fondo de la izquierda dando vistas a las pasaeras. Mientras estuvieron descubiertas las alquilaba el Ayuntamiento a los feriantes con muy buen servicio puesto que siempre llovía y bien al llegar la feria.

En la plaza de la Fuente, frente a la María Manuela Barrios tuvo la

Gorgusa la más amplia de estas galerías que se hizo célebre por sus brujerías y la que quedaba de todo aquello pero de la misma construcción, es la casa de Parra, Domingo Parra, esquina a la calle de Santa María, que es la más oculta pero firme y que tal vez no la reconozca casi nadie por lo bien que se hacía la disimulada embozada por la esquina. Y no recuerdo haber visto más portales si bien las amplias galerías exteriores de la posada, los imitaron muy bien mientras existieron.

Había, eso sí, en la gran plaza el medallón clásico de la posada espléndida, con sus grandes corredores y el mismo sistema de construcción de los anteriores, pero mucho más abiertos y que compartía con el Ayuntamiento el gobierno del mercado al aire libre.

Qué lástima que no se apreciara su valor simbólico de época y se la hiciera desaparecer ineficazmente, sin ton ni son, como el Ayuntamiento.

Son características de estos portales y de todos, en cualquier parte, las aglomeraciones comerciales y en los de la Gorgusa estaba Camilillo, la escalerilla del ama con su gatera en el postigo pintado de almagra, la lotería, Máximo, la confitería de las Espinosas más chicas, la taberna de Antonio Fuentes y la carnicería de Ortega el de la calle de la Trinidad esquina a la callejuela de la calle Ancha, cuyo gran lienzo de hastial ha sobrevivido a todos incluso a la viuda y sus hijos, Baldomero, Alberto, Daniel e Ignacio. El despacho de la plaza lindaba con Frasco y tenía siempre el tajo en la calle contra la pared de Antonio para sujetar la cortina y que no entrara polvo ni moscas a la tienda.

La fachada uniforme y brillante de la Tercia ejerce de siempre una gran atracción del público y en sus tiendas nunca falta gente, lo contrario que en el pasaje, aunque cambian mucho de vecinos y en los últimos tiempos lo eran desde el Corneta, Repizca, Paco Campo y Francisco Carabina el del aceite, cuya acera estaba de bote en bote el día del sorteo, como todo el frente del Ayuntamiento, con exclamaciones clamorosas de la multitud y de muy diferente tono según las suertes distribuidas por Vicente, de orden del Señor Alcalde Constitucional que presidía el solemne acto.

La parte alta de la plaza de la Fuente, ni plaza ni calle, sino más bien estrechamiento comunicativo entre dos descubiertos, donde se hacen cábalas y se comenta la actualidad para luego entrar en las plazas y cerrar los tratos o rematar las operaciones, ofrece entre nosotros la particularidad de no tener casi fines mercantiles y estar más bien consagrados a las murmuraciones de vecindad, sobre todo en el buen tiempo y a las horas que apetece salir a tomar el fresco.

En las medias mañanas y después de las medias tardes, era frecuente, por no decir habitual, que Frasco estuviera paseando enfrente de su

puerta, fumando, hablando sólo y gesticulando como solía hacer incluso yendo al Casino o al Cristo y se le acercaba alguien, a lo mejor la Clotilde y como los palomos se dejaba de caer Máximo, abriendo los ojos exoftálmicos, como platos y formaban corrillo, como en otros puntos del paraje, esquina de Natalio, puerta del esterero o cuartos, de los corredores que solían tener más de un cuarto y a veces pegados con los Consumos.

Allí se comentaban los sucesos del día y de la noche sin que Antonio dejara de ir y de venir y hablar alto para que lo oyeran y contestaran cuando se distanciaba del corrillo, sin dejar de menear el cuerpo con sus andares de pies planos, andar de pato o atartanado, más o menos acentuado. Fumaba mucho, pero de diez y ocho, liado en papel resistente a las perforaciones de las estacas y a la abundante saliva de su jugosa boca, cosa que le pasaba hasta con los Farias que los mascaba tan a gusto hasta la ceniza. Las estacas de ese tabaco que fue famoso entre los rústicos por su fortaleza, por su toxicidad y por las toses que arrancaban las primeras volutas de sus humos, además de la baratatura de diez y ocho céntimos el paquete de picado.

El caso de Frasco ofrece particularidades constitucionales muy interesantes y que son debidas al segundo matrimonio de su padre, porque Nicanor no se le parecía y en cambio Blas le superaba y Antonio se lo transmitió más o menos a todos sus hijos, habiéndose casado también dos veces como su padre. Claro que la primera esposa tenía en su árbol genealógico alteraciones endocrinas que eran similares a las de la Pan-toja siendo doña Isabel estéril como ella y puede que a ello se deba el fallecimiento precoz del amigo Román Alberca, el más ilustre médico alcazareño. Cosa que también le pasó a su madre y a sus dos hermanas, las esposas de Frasco y de Emiliete, las tres muy guapas y fresconazas, toledanas, de las del hueso dulce, de Moral Zarzal, y a sus hijos mayores. En cambio sobrevivieron los hijos habidos en los nuevos matrimonios creados por los viudos y Frasco se fue a buscarla a la calle de San Cosme de Madrid que es la primera en que yo residí y coincidí con él alguna vez cuando iba a verla.

Siendo un hombre arrogante y aún muy arrogante, Antonio no pudo eludir su andar de pato o atartanado de los pies planos. Cazador incansable y de una fantasía florida como pocos, era siempre la primera escopeta donde se ponía y el mejor cazador donde los hubiera buenos, que en un día de serenidad y silencio en el campo, sabía por dónde le iban a entrar las perdices y cuántas se iban a matar por cada uno de los tiradores con verles las trazas.

Era muy amigo del Pastor Poeta y yo no sé si la relación le vendría del toledanismo de la esposa porque tenían algunos rasgos comunes el

Pastor y Frasco, siempre, claro, reconociendo que Frasco era el mejor cazador en Alcázar, hasta el punto de recibir las cartas poniéndole en el sobre que era para el mejor cazador de Alcázar de San Juan.

Frasco no hacía versos pero como caballero fantástico no le ganaba ni Don Quijote y es una lástima que sus alucinaciones se perdieran en los baldíos como los grandes torrentes de las nubes de verano. Nació para soñar y lo hizo despierto toda su vida. Mereció haber nacido rico de veras para hacer cosas grandes, pero estoy seguro que puesto en las haciendas de otros acaudalados las vería como gobernadas por él. Su mente no le permitiría ser ordenado en nada por lo que nunca haría un trabajo regular, pero en cambio nadie le superaría echando por lo sin segar y como eso se hace siempre en la caza, era insuperable en ella y en la puntería para abatirla.

Le atraía el rango en la acción y como la escopeta es lo que le hubiera puesto a la par de los Reyes, al tenerla en sus manos se sentía engrandecido y debió vivir siempre en un gran coto, aislado del mundo, rodeado de amigos y enseñándoles a paladear el gusto de un tiro difícil y certero. Un detalle que acredita mejor que ningún otro la personalidad de Antonio Moreno, es que absorbió el apodo por toda la familia y no quedó más Frasco que él, pues ni a Nicanor ni a Blas se lo decían y yo creo que era por no saberlo o porque lo sobresaliente de sus cualidades hicieron que se le considerara el único eclipsando a todos los demás.

Otro detalle que revela la heterogeneidad de las herencias biológicas, es que Nicanor y Blas murieron con todo su pelo y Antonio tenía su cabeza como una bola de billar desde joven, cosa que también debió pasarle a su padre y no les pasó a ninguno de sus hijos.

El tío Frasco era más bien rechoncho y gordinflón y le recuerdo con uno de aquellos sombreros grandes, de fieltro negro, de los pastores y muleteros y algunos gañanes como mi padre mismo y el hecho de que no se le viera nunca sin sombrero y muchas veces con un gorro debajo, da carácter de seguridad a su calvicie, constantemente protegida y oculta. Todo esto aparte de otros indicios filogenéticos contenidos en su persona y en el mote de Frasco, que no era un tinajillas ni un botellón sino un frasco, más proporcionado, más igual en sus dimensiones, pero característico y puede que influyera en el apodo Frasco algún detalle de la fantasía que luego sobresalió en sus hijos, aunque en ninguno como en Antonio.

Encima del caballo de los habíos, era un Sancho cambiando su cabalgadura por la del amo.

AMIGO LECTOR: Si te falta este libro y te interesa, pídelo en la Clínica que te lo darán con mucho gusto.



Cartas a D. Rafael

Sobre la obra Hombres, Lugares y Cosas de La Mancha

Continuación de las cartas escritas por Angel Palmero Ugena sobre los libros 42 y 43.

(Del Fascículo XLII)

“Después de dos pasadas al fascículo XLII, amén de alguna atención más en ciertos puntos del mismo, me pongo a la tarea de decirle lo que de él pienso y lo que me sugiere.

Me place la portada, ese Sancho al lado de su burro saludando alborozado a la villa de Alcázar de San Juan, que bien pudo ser la de sus amores, desde la austeridad de la Serna. Y también CAMPOS DE PANOCCHAS EN FLOR, donde, entre girasoles, juventud y madurez -madurez fecunda- no desentonan y hasta armonizan.

La semblanza de Pepe López me parece sin duda alguna de lo mejor que hasta el momento ha escrito usted. Su anatomía está desbridada y descrita nervio a nervio, y no reproduzco ninguna parte porque de un conjunto tan parejo en vigor y galanura no se puede destacar nada. Yo no traté a Pepe, más bien pude ser alumno suyo. Pero le recuerdo, y su figura llega hasta mí imborrable, empujada por LA ESCUELA DEL PASAJE. Lo veo envuelto en la pañosa, bien embozado, que parecía que por abajo iba a asomarse de un momento a otro la tizona, o a cuerpo limpio, con igual prestancia y aquel andar mesurado y aristocrático, entrando o saliendo por el Pasaje, camino de su escuela o viniendo de ella. O en la tertulia de la Cervecería Alemana -cuando Tornero no había edificado todavía la casa donde está el Banco-, con los Quincito, el escultor Pantoja y, a veces, su hermano Ricardo, que tanto nos intrigaban por sus atavíos -chambergos, chalin...-, por sus ademanes y largas conversaciones. No le traté, digo, pero, ¿por qué conductos se nos queda grabada una persona en la mente y luego, al cabo de muchos años, medio siglo más o menos, uno la vuelve a percibir identificada con el retrato que de ella hace otro coetáneo del personaje? Porque el Pepe López de usted es el auténtico y ahí queda. Me impresiona este trabajo por el estilo y la donosura con que narra a Pepe, sus adentros, sus afueras y su perspectiva. Gran retrato donde el afecto se adhiere a la palabra, como debe ser, que la pluma ha de estar tocada de amor, lo mismo cuando escarba en los desechos que cuando se posa en un pensil.

MARCELO REDONDO.- “No se recuerda que tropezara nunca en el poyo de las puertas de los bares al entrar, en lo cual no está sólo. Yo conozco otro”. ¿Y quién no conoce a ese otro?, “que jamás le hicieron remilgos al tiempo ni por frío ni por caluroso porque para trabajar siempre hace bueno, cuando no en una cosa en otra”. Entiendo bien a MARCELO REDONDO; es de aquellos que hacen lo difícil, menos difícil, posible lo imposible. Gentes, aún en su modestía y apartamiento, tan ejemplares, tan necesarios en todas las épocas y coyunturas.

MATA Y SUS DIBUJOS. Gratisimo este encuentro con Gabriel Ruiz Aranda, a quien veo muy de tarde en tarde; la interpretación que hace de Antonio es buena. Lo recuerdo muy bien. Por cierto que una vez estaban en su casa de albañiles y a él le requerían para acarrear cosas y ayudar en lo que pudiera. Los chicos le preguntábamos, ¿cómo va la obra? Y él nos miraba de aquella manera rara y repetía con gran prisa, meneando la cabeza y volviendo los ojos: “Antonio tráete la pala, Antonio tráete el yeso, Antonio dame la plomá, Antonio tráete la llana, Antonio coge la espuerta...” Y Antonio apenas acababa, con lo cual, a su modo nos decía lo hartísimo que estaba de obra y albañiles. Menos definido el tío Jorge. La Sira, el mielero, Pelecha, Perico son apuntes muy expresivos con la dificultad inmensa y natural de operar con los recuerdos y no con el modelo en vivo. En el dibujo de los molinos y los paisanos endomingados o de fiesta pienso que Gabriel ha querido hacer una fantasía alegórica del lugar juntando molinos y pueblo en una intención popular. Todo meritorio. Estoy seguro que Mata disfrutó lo suyo y trabajó a fondo removiendo el ayer hasta sacar del caldero de la memoria esos arriscados dibujos. Que en Mata como en todos, pese a la doble lejanía -leguas y tiempo-, el lugar ejerce su imán y las raíces se inquietan buscando su origen.

He leído un par de veces SE ANIMA LA PASCUA reconociendo a los amigos y conocidos de las estudiantinas, donde dicho sea de paso, no recuerdo que predominaran ni mucho menos los estudiantes. Aunque estudiantes eran, de alguna manera, pues tenían que aprenderse las letrillas, acordar en ensayos los compases de guitarras, bandurrias, violines, castañuelas, panderetas, para alegrar las calles y ahuyentar con su alegría los fríos de diciembre.

Me detengo en fotografías más próximas. Los primeros bailes y reuniones de la postguerra de “casa”. La guerra por antonomasia, la civil. Amigos y conocidos en estas “fotos” de personas todavía próximas. Tiempos difíciles en que todo quería recuperarse, se pugnaba por revivir tradiciones y costumbres cordiales. Nos mirábamos unos a otros, recontábamos por instinto las filas y veíamos muchos huecos, muchas ausencias, esa división cierta entre “antes” y “después” de la guerra que

no es caprichosa al separar dos tiempos, dos momentos históricos distintos que sus espectadores y protagonistas, pasivos o activos, hemos llevado mucho tiempo auestas.

Asombra la maqueta de Maroto padre. Ingenio, habilidad y memoria no le faltan por fortuna a este anciano, que sigue tan tieso y saludable. El origen del chimeneón y su actividad creo que queda bien puntualizado y resuelto. No así EL ARCO DE LA PLAZA -a pesar de recientes conjeturas- que completaría el cuadro alcazareño de la Plaza.

PEDRO ARIAS y HELIODORO SANCHEZ. “estos dos alcazareños que durante toda su vida no dejaron de pensar ni un sólo día, en los problemas de la villa, en sus faltas y en sus remedios”. No traté al segundo, pero sí conocía sus cualidades y su alcazareñismo. A Pedro le traté un poco, aquel paisano bajito, enjuto, enterizo y un poco cetrino. Mis recuerdos de Pedro Arias se remontan a poco antes de la República, al período posterior en que fue alcalde, y después a períodos sueltos y aislados entre sí. Le oí más de una vez en intervenciones públicas y me llamaba la atención su hablar conciso y su razonar lógico, común a muchos de nuestros campesinos. Pienso que usted, amigo y profundo conocedor de Pedro y Heliodoro, escribirá alguna vez más largamente de ellos desde su época, sus circunstancias y el paraje donde se desarrollaron, como ha hecho, y tan bien, con otros paisanos de semejante enjundia.

Fuí a la escuela de don Demetrio desde cuando estaba en los locales de la casa vieja de Benito Ubeda. No sé cómo no estaré en esa foto. Claro que a esa famosa escuela íbamos más de cien chicos y en un retrato no cabríamos bien todos. Sin leer nombres yo hubiese identificado a la mayoría. Allá por los años de 1935 o principios del 36, un día de domingo don Demetrio estuvo en el pueblo; le acompañaban varios de sus antiguos discípulos. En el bar de Cristóbal a la salida de la segunda función de cine y según íbamos tráspaniendo la puerta nos reconoció a todos, llamándonos por el nombre o el apodo, sin un sólo fallo de su gran memoria. Aquí Emiliete, bosqueja bien la famosa escuela fiel a su vocación y generoso ejercicio de cronista local.

POBREZA Y RIQUEZA. Es de interés todo lo que dice del campo y de la industria de la región, una panorámica bien tomada. Correteé algo por los pueblos de Toledo. Sus versiones sobre el toledano y especialmente del quintanareño y del villafranquero son exactas. Tuve ocasión de conocer a algunos de estos manchegos en los que hallé un buen sentido del arte de ganarse la vida por medio del comercio, comerciantes agudos y listos. Habría que remover en sus antecedentes carpetanos, romanos, visigodos, árabes, judíos, para saber de dónde le vendrán a los toledanos tales aptitudes.

La Mancha podría levantarse y convertirse en una región próspera sin perder su singularidad. El campo, la ganadería, el vino, su industria artesana puesta al día, todo ello bien atendido, potenciado, modernizado, podría rendir grandes frutos. Sin olvidar la industria, aquella que no exige localizaciones exclusivas para su desarrollo. Y contando con una base humana que superó en su historia graves dificultades y está dotada de recias cualidades. El devenir de La Mancha debería ser pujante y espléndido.

Y por último, LOS QUINTOS- Muchos nombres conocidos, amigos algunos, vivos unos pocos, muertos los más. Siempre el curso del tiempo, impasible, presidiendo la sucesión de vidas y generaciones.

Mis impresiones de lector están en mi carta de hoy, más que otras veces, entremezcladas con vivencias y evocaciones que se desprecizan y surgen al recorrer tantas líneas perdurables.

Un cordial saludo y mi afectuoso recuerdo para todos los suyos

Madrid, 12 Febrero 1978

“Su envío con algunas pruebas del próximo fascículo me ha alegrado mucho. Y no sólo por el hecho en sí, sino porque todo parece indicar que las cosas marchan. Supe por Abel, meses atrás, que habían operado a Rafa y he estado al corriente de su salud. Pensé que estaría usted, además de preocupado, multiplicándose para llenar el hueco. Quise escribirle, pero no sé si con acierto desistí para no turbarle el sentimiento, la inquietud o el trabajo.

No dudará usted que somos muchos los que nos sentimos unidos a la casa de Mazuecos; unos por amistad o paisanaje, otros por algún trance de salud resuelto, y todos porque a través de su generoso alcazareñismo nos sentimos en deuda con la obra y la persona, deuda que cada cual a su estilo llevamos con orgullo.

Quiero creer, a la vista de las pruebas de imprenta, que las piezas vuelven a encajar en su sitio.

Cuando he visto en letras de molde mi nombre y lo que escribí de don Demetrio, con la idea de colaborar con usted en el propósito de darle más sitio en los fascículos a este curilla inolvidable, he comprobado que me dejé algunas cosas en el tintero. Siempre me ocurre así. Se me fue la péñola en algún párrafo más bien subjetivo y no mencioné algunos nombres. Quien adiestraba a los coros de la escuela para la fiesta del patrono era Demetrio García Motos, el pianista. Debí de hablar de Benedicto Arias Peño, hermano de Porfirio, los dos del Cristo de Villajos, pues vivían en la placeta de Olivares, en una de las casas más típicas que recuerdo. En mi aventura con Parejilla, Benedicto que era

muy amigo nos acompañó un buen trecho vía adelante, cuando íbamos en pos de Sevilla.

No dije tampoco nada de otros condiscípulos muy notables. Ni de algunos chicos del barrio, singulares protagonistas de aquel universo de niños. Por ejemplo, Federico, mi amigo Federico, hijo de Federico Arias, el de la taberna famosa, nacido el mismo mes y año que yo. Fue un aguerrido paladín del barrio, valeroso y presto a defender a los del Cristo cuando había menester. Federico, que era muy fuerte y resuelto, arremetía contra el “enemigo”, sin importarle que fueran tres, cuatro o media docena los chicos en liza. Siempre resultó vencedor, si bien, en ocasiones, a costa de un arañazo, una descalabradura o el pantaloncillo o la camisa “sport” de los domingos, rotos, para al final aguantar estoícamamente el regaño de su madre, la señora Paca, una mujer buenísima.

La verdad es que escribí aquellos folios de un tirón, acuciado por esa necesidad que a veces nos empuja a revivir lo pasado y a dar testimonio de él. A pesar de estas omisiones el trabajillo salió largo, ocupando mucho sitio que usted sin duda hubiese llenado con más hondura.

Todo se andará. Y en su momento, de la escuela de don Demetrio y de otros rincones de la geografía del lugar, que usted ha tratado de forma imborrable, irán saliendo personajes y personajillos, que irán creciendo, se harán hombres y vivirán en un relato ambicioso. Alcázar será ZALCARA, topónimo que no engañará a nadie, por supuesto, pero que puede encajar mejor en el plan.

Lo peor es que no tengo tiempo. Trabajo muchas horas diarias. Sigo en la misma empresa de los últimos años. La organización ha instalado sus dependencias en San Sebastián de los Reyes, adonde hay que ir y venir diariamente.

No pude ir este año a la feria. Durante esos días estuve en Oslo y Copenhague, viaje un poco de información y un mucho de descanso, invitado por la empresa.

Yo me acordaba de los cohetes y de la “pólvora” y de los paisanos volcados en las fiestas, y de las callecitas del casco antiguo, siempre inalterables en su sosiego.

Deseándoles lo mejor, con un afectuoso saludo.

Madrid, 1 Octubre 1978

(Del Fascículo XLIII)

“Recibí el fascículo XLIII. Le dí primero una pasada según costumbre. Y después releí con más atención. Suele ocurrir que aún luego vuelva sobre algunos temas cuyo interés aumenta con el tiempo. Como verá mis hábitos de lector de su obra no se modifican.

El primer fascículo salió en 1951. La fisonomía del pueblo en aquellos años era más o menos como en los años treinta, según el rincón desde el cual se mirara. El cambio sensible empezó hacia la mitad de los años cincuenta y se fue acelerando después. Usted ha señalado muchas veces desde los fascículos lo que no debió de moverse nunca y también aquello cuyo cambio debió de ser menos radical, dejando en todo caso como un portillo o ventana por donde se entreviera el origen.

Cuando estuve en Oslo el pasado verano, me decían los nativos que, aún con ciertas concesiones poco afortunadas, la arquitectura del país y el conjunto urbano en sus áreas significativas se mantenían respetándose estilos y trazado. Predomina allí el edificio de tres o cuatro plantas y son contados los que llegan a ocho o diez. Y esto sin dejar de renovar y mejorar "mutatis mutandis".

¿Qué pasó en Alcázar? Suele haber entre las causas de los cambios trascendentes un acontecimiento o período histórico singular. El nuestro a escala nacional fue la guerra civil, que tanto arrastró y trastocó, derivando sus efectos a una situación de catálisis que nos trajo hasta aquí entre trompicones y tumbos.

Desde el primero al último fascículo han pasado veintisiete años. Los lectores de la generación posterior a la guerra tienen ya hijos adultos. Esta primera generación y la siguiente, formada en medio de ausencias, temores, y provisionalidades casi eternas, apenas si tuvieron ocasión para obtener suficientemente un buen nivel formativo. Aquella época de carencias de todo tipo, al margen de ideales válidos para el futuro dieron lugar a esta especie de estéril iconoclastia.

Sin dejar de trabajar cada cual en lo suyo, con redoblado esfuerzo si cabe, que suele ser medicina infalible, velemos porque esta patria de treinta y tantos millones de reyes -frase de S. Madariaga- sepa seguir sin desmayo la senda segura.

El bloque total de los fascículos se've confirmado a cada número en su carácter de fuente de cultura. Su carga sociológica, histórica, antropológica será más capital según pase el tiempo, no ya para el simple recreo de los contemporáneos que llegaron a conocer algo del pasado, sino muy particularmente para tantos otros que hallarán en ellos la razón de su ser actual. No es difícil colegir que los fascículos promoverán estudios, darán lugar a coloquios, monografías y seminarios que tendrán a Alcázar como centro.

¿Cuál habría sido la influencia de una obra de esta naturaleza si cada comunidad hubiese tenido quien la escribiera dando conocimiento y constancia de su peripecia histórica?

Estas líneas, tan indisciplinadas como siempre, salen en pelotón de las teclas después de leer LO INESPERADO, CATARSIS y DE LO VIVO A LO

PINTADO. Del gran fresco de precisiones e ideas que es este último, he subrayado en el libro estas pinceladas clarificadoras:

“Alcázar es así, agachadizo y altanero, más soñador que heróico, de bastante espuma como sus gaseosas de fama universal”.

El poder de sugerir subyace en este libro como en todos los anteriores bien estudiados, ¿qué podría pergeñar un futuro escritor alcazareño, un posible pintor, uno de los buenos pintores nativos? Porque en la obra tienen segura residencia, cada elemento en su marco y en su horizonte, paisajes que son un trasunto de la realidad, personajes y personajillos, seres de anatomía bien cumplida y seres mínimos, más o menos listos, listillos, torpes, talentosos no pocas veces, una galería de inusitada y múltiple variedad, todos dibujados en pocos trazos e iluminados con las mejores y más fidedignas tintas.

Echa usted de menos en LA PLAZA DE TOMELLOSO, la plaza de hace muchos años que yo pisé en la niñez.

Lejanos tiempos en que yo solía pasar temporadillas con mi abuela materna del Tomelloso. Madre Martina que así la llamábamos, vivía en una vieja casa familiar de tapial que conservaba.

En el patio, que era fresco en los calores de la canícula y frío y húmedo cuando el invierno, el aljibe y la parra. Bodega soterrada con su lumbreira. En el comedor sito en la planta alta, de mucha luz, que daba a la Calle Mayor llana y anchurosa, había un dorado reloj de pesas, herencia de los abuelos, cuyas campanadas vibrantes y musicales llegaban hasta muy lejos. Sentados por la noche al fresco en el buen tiempo, algunos tertulianos del Casino Liberal, cuando el reloj daba las diez, se levantaban diciendo, “las diez en el reloj de Martina”, y se dispersaban camino de la cena. Aquellas campanadas que aún me resuenan por dentro, eran muy seguidas, agudas y cantarinas; más que contar, melancólicas, el paso mortal del tiempo, parecían un jubiloso estímulo de vida repetido en los cuartos, las medias y las horas enteras.

Muy bien la “foto” y el comentario de Pepe López. La “foto” es muy definitoria del físico de la persona. La prosa redondea aquella semblanza del fascículo XLII que vuelvo a leer.

La de “Pintafrailles” es una de las familias mejor estudiadas en las páginas que le ha dedicado. Vecinos míos de calle, Juliana solía departir con mi abuela, mientras estuvo sana, del gobierno de la capilla del Cristo de Villajos. Teófilo quinteó con mi padre.

Deliciosa la narración de la tienda del “Herenciano”, visión exacta, aparte el personaje, de aquellos comercios predecesores, como usted señala, de las modernas tiendas “de todo”. He contado no menos de

cincuenta artículos diferentes con sus nombres de pila, que dan veraz imagen sencillamente con pronunciarlos, del "clima", la época, el ambiente y la clientela. Las hoces, los soplillos, los trompos, tomizas, látigos, candiles, mecha, yesca, bramantillas, castañas pilongas, la harina de titos, las habichuelas y los garbanzos y la zafra del aceite, no son sólo una descripción de estas abacerías. Porque detrás de cada cosa late mucha preciosa menudencia de la vida de entonces; nos dicen cómo se sustentaban nuestros paísanos, cuáles eran sus trabajos predominantes, y cómo jugaban los niños.

Por no hacer esta carta interminable no comento ¿QUE COMEREMOS? COMPLEMENTO, MASCARAS DE A PIE, EL AMOR AL ARTE -amor a la obra bien hecha, tan olvidado-, EL ORGANILLO, LA COCHERA, LA TIZNE Y LA PRINGUE, páginas que están dentro de la línea y el espíritu que impregna trabajos anteriores.

No quiero olvidar que en DECIRES de Maroto el vocabulario popular presenta una lucida muestra.

Pero debo detenerme un tanto en la MISA DEL ALBA. Se oyen en la madrugada el toque del fraile, el abrir y el cerrar de puertas, chirriar de portadas, rodar de los carros, el paso de las beatas camino de la misa.

EL ALMA DE LA CASA DESAPARECIDA. ¿Quién que tenga algunos años no guarda en su vida alguna casa desaparecida? Sí; estas casas que no acaban con su muerte, que poseen una segunda vida y sobreviven en los recovecos de la memoria, en los senos recónditos del sentir.

MI PLAZA DE ALCAZAR. Más precisiones aumentan aquí la gran documentación que a lo largo de los fascículos nos ha ido ofreciendo. Y un gran broche de AZORIN.

Usted recuerda en SACERDOCIOS, con la fuerza que da la vocación, lo practicado y lo vivido, esos principios irrenunciables que deben informar al que enseña, consuela o cura.

Hay en todo mucho sentimiento. Y literatura, muy buena literatura.

Lo de don Demetrio, nuestro curilla de la infancia, cumplió muy bien su cometido, sobre todo por los detalles últimos de usted y de mi tocayo Ramiro. Como copartícipe del tema uno se siente un tanto achicado por tan excelentes testimonios. Muchas gracias; con la foto, emotiva foto, están buena parte de mis amigos de la escuela, los vivos y los muertos. ¡Cuántos caminos y sugerencias!

Y terminemos, como el año. Esperando que el próximo nos encuentre a su final enteros y sanos, cada cual en lo suyo. A usted le deseo mucha salud y la misma lucidez y actividad que ahora. Sé por Abel que Rafa reanudó su tarea. A todos, mis recuerdos afectuosos.

Madrid, 21 Diciembre 1978

Reapertura del mercado

“La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino a punto,
falta comenzar la fiesta”...

La circunstancia de coincidir este hecho con la salida del libro 57, obliga a quitar otros trabajos para que no falte la mención oportuna de este acontecimiento, en espera de mejor oportunidad para comentarlo y enviarle al Ayuntamiento los debidos parabienes porque estos son los verdaderos problemas municipales, los de la comunidad, los que hay que conocer y afrontar, se resuelvan o no, pero conociéndolos a fondo, porque lo primero es tener ideas claras en la cabeza, sin las cuales todo saldrá mal, aunque algunas veces suene la flauta por casualidad. No se si el Ayuntamiento hará alguna información de todo lo acontecido como conviene, participación de todo el vecindario, para tomar experiencia como hará falta.

Vista la sorpresa que este percancillo produjo al ponerse de manifiesto, porque estar estaba aunque tapado hace muchos años, me atrevo a pedir respetuosamente como vecino de tercera que no tiene acceso a eso que le dicen medios de información, pero sí a los de contribución, que nos informen públicamente de lo que ha pasado, de lo que se ha aprendido, de lo que se ha remediado y de la seguridad o inseguridad con que podremos dormir en el futuro, dado que aquí pasa lo que en el campo, que habrá más o menos cosecha según el tiempo que haga y ya se sabe que si no llueve a tiempo nos torcemos, situación que los gañanes expresan más rotundamente lo que nos hace Mayo cuando no llueve a tiempo, que es jo Pero ¿era el alcantarillado o no era el alcantarillado y por qué? ¿Qué se ha hecho para corregirlo y evitar la repetición? ¿Qué dice la técnica y por qué? ¿Y qué los hombres y mujeres de la plaza, los vendedores, los corredores, los que tienen allí su vida y viven en ella y de ella y por ella?. El problema está en la corriente pero no para tapparla, arrojar la cara importa que el espejo no hay por qué.

Todo cuanto acontece se ha dicho muchas veces en el curso de los años pero no sé qué pasa que todo el mundo se hace de nuevas cuando sucede algo y los que van a los cargos públicos lo toman como desgracia inesperada en la que quién iba a pensar.

La primera y gran imprevisión del mercado ¿no consistiría en el olvido de tantísimos hechos anteriores y todo el problema de las aguas alcazareñas? Es decir, en no haber sacado ningún fruto de la experiencia pasada ni pensado en las decisiones de la técnica, muchas veces demasiado rutinarias?

Es una verdadera pena que al pueblo se le tiendan cortinas de humo de músicas y danzantes para que no vea sus verdaderos problemas y queden sin resolver, entre tanto derroche de sus caudales en cadenas y bengalas, en platillos y panderetas que son las voces y pasaderas famosas, haciendo uso del quevedesco apóstrofe tradicional de:

“El vulgo es necio
y, pues lo paga, es justo,
hablarle en necio
para darle gusto”

Pero el mercado, la estación y todo lo demás, está ahí, sin resolver más que de boquilla y vengan voces y pasaderas y derroches y ruido y mascaradas inconscientes.

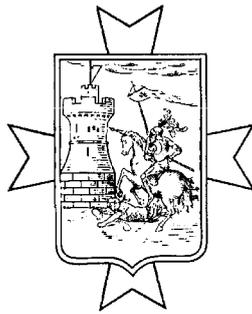
Parece por lo que se dice que los altos jefes de la estación han estado aquí recientemente como otras mil veces. Hay que suponer que acompañados de sus técnicos, pero, ¿a qué vinieron, qué dijeron y qué hicieron? Esto es lo importante para que Alcázar sepa lo que puede esperar o no esperar en la solución de sus problemas y no que ha habido visitas de relumbrón y almuerzos de trabajo.

Es interesante también, saber si en estas juntas hubo alguien suficientemente informado que expusiera el continuado despilfarro en más de ciento cincuenta años de infinitos procedimientos y técnicas empleadas para contención y desviación de las aguas subterráneas de la estación, aparte de los tópicos de betunes y pinturas de las que ya se ha perdido la cuenta como de las obras mismas.

¿Habrá habido alguna persona eficaz que baje a los ilustres visitantes al subterráneo para que vean lo bien que funcionan los motores de sacar agua y que no se rompen aunque lo hagan sin parar? Y los azulejos caídos o fracturados al acabarlos de poner y el chocar de los tablones al paso de los viajeros, alabeados por la humedad de las aguas encharcadas? Porque esto es lo que hay que enseñar.

Es una lástima que no exista Benito el curandero, no por serlo aunque también, sino por pocero y por sus recorridos por nuestro suelo al hacer el alcantarillado con sus familiares escarbando como los conejos. Y también por la intuición gitana que no es una cosa despreciable nunca.

No es imposible que las aguas rompan algún día hacia la vega Ocaña o por las Santanillas mismas y se vayan solas buscando la corriente por la que pugnan siglos y siglos obstaculizadas por la mano del hombre que no ha sabido dejarlas de correr y aprovecharse de ellas en su camino.



Depósito Legal: C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA, S. A.
Ferrocarril, 6
Alcázar de San Juan - 1986